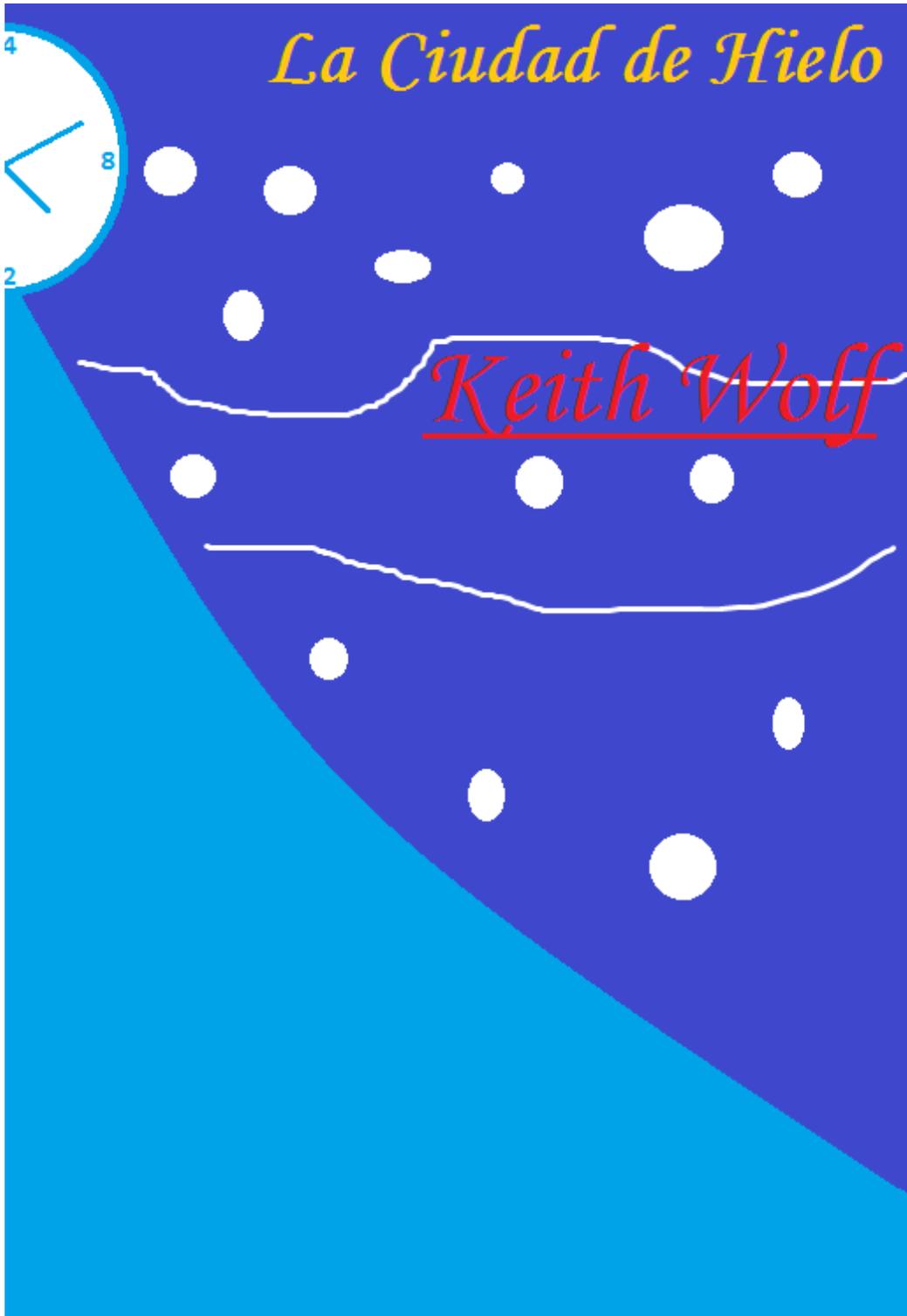


La Ciudad de Hielo

Carlos Manuel Blanco



Capítulo 1

Nota preliminar para The Scott-Phillips Society:

Estimado lector, empezamos ofreciendo este apartado sobre la presente obra que ahora publicamos bajo nuestro sello para referir, más no aclarar (ya que, como lograrán apreciar a lo largo de esta nota, resulta un reto hasta para nosotros dar alguna) los hechos que rodean el presente manuscrito que ha llegado a nuestras manos.

Todo comenzó de una manera fortuita e inesperada durante una transmisión de telégrafo anónima, un operario del telégrafo de Glasgow recibió, a primeras horas de la mañana, un mensaje que transcribió rápida y eficientemente, el operario afirmó no saber de donde venía el mensaje, pero igual siguió transcribiendo para no fallar a su deber.

Sin embargo el mensaje resultó ser mucho más largo de lo que él pensaba, de hecho se vio incluso obligado a relevar su labor a un colega, ya que el transcribir le estaba pasando factura a su muñeca y a sus nervios. Pasaron varios días hasta que prácticamente todos los operarios del telégrafo de Glasgow hubieran transcrito todo el mensaje, el cual terminó ocupando una amplia pila de papeles que se acumularon en una mesa, abarcaba un volumen entero.

El suceso llamó la atención por lo largo de la transmisión, pero fue aún más la atención cuando empezaron a revisar el mensaje que abarcaba varias páginas, el cual no resulta ser otro que el relato que ahora tengas entre tus manos.

No ha sido fácil obtener el derecho de publicar esta extraña historia, de hecho ha sido un reto publicar el manuscrito en sí, los gerentes del telégrafo de Glasgow enviaron el manuscrito a la Royal Society, ya que veían que se refería a una expedición fallida con destino a Groenlandia. Pero la Sociedad desestimó el valor de la historia, ya que no se tenía certeza clara de qué era lo que había ocurrido con la expedición a Groenlandia, en la cual desapareció el reconocido arqueólogo Henry A. Derby, y la historia que se ofrecía era tan fantasiosa y tan falta de datos probables que no se le veía como una respuesta fidedigna, aunque igual no dijeron nada al respecto de las circunstancias que rodean la llegada del manuscrito.

Tras el rechazo de la Royal Society fue enviado a otras organizaciones de gran prestigio dentro del Reino, sin mayor éxito, muchos llegaron a desestimar la historia y a tacharla de "inverosímil" e "inventada", todo a partir de las muchas afirmaciones y sucesos narrados en la ya mentada historia que, saltan a la vista, no tienen manera de ser probados o comprobados por expertos o que hallan sido vistas previamente por el ojo

de algún eminente, llegaron incluso afirmaciones de que todo había sido un fraude montado por el telégrafo de Glasgow.

Frente a este panorama no fue una decisión fácil para nosotros (los respectivos directores y editores del grupo editorial The Scott-Phillips Society, ya conocido por publicar diferentes textos de índole científica e ilustrativa) dar carta blanca a la publicación de este relato tan peculiar, y muchos se preguntaran porqué ponemos a prueba nuestra credibilidad e integridad con algo que no hay manera de probar si es siquiera cierto, la respuesta es muy sencilla en mi humilde opinión: no hay nada que demuestra que no lo sea.

Es cierto que el suceso ha traído muchas sospechas, pero también ha sido motivo de muchas especulaciones y de mucha controversia, tanto dentro como fuera de nuestro país, muchos sospechan que no es verdad lo que narra el relato y le restan importancia, otros afirman que podría ser verdad y que lo que cuentan sobre la expedición a Groenlandia pudo ser lo que se narra.

Yo de hecho indagué un poco y descubrí, de parte de un miembro del consulado danés, que de hecho les habían dado la autorización para una expedición con destino a Groenlandia al profesor Derby, a su hijo (y presumible narrador del relato) Jonathan H. Derby; y el profesor Gottfried Alfredson, de la Universidad de Estocolmo (del quien sus colegas no han sabido darme más información respecto a él).

Por lo que pienso, al igual que varios de mis colegas, de que nada malo se va hacer cuando esta historia se haga pública, más bien, por el contrario, es probable que por fin se arrojen luces acerca de lo sucedido con la expedición a Groenlandia y que el relato podría brindar por fin respuestas a las muchas interrogantes que aún circulan.

Debo mencionar que hace unos pocos días recibí una carta firmada por un viejo amigo mío, el cual me dio su apoyo y me felicitó por querer publicar el relato ya que él, al igual que varios colegas de su círculo, también tienen muchas preguntas al respecto de lo ocurrido en Groenlandia, culminó su epístola preguntándome si tenía alguna certeza de que lo que se narraba en el relato era cierto, yo le respondí lo mismo que le respondo al curioso lector que tenga este libro entre las manos: No tengo manera de saberlo.

Antes de concluir quiero afirmar que The Scott-Phillips Society no se hace responsable de varias de las afirmaciones, errores de prosa, torpezas verbales u opiniones hirientes hechas por el narrador, ni nos hacemos responsables de muchas de las afirmaciones que éste hace ni de algunas de las descripciones que hace del entorno y las personas con las que se

encuentra. Mis disculpas si estas cosas alteran a ciertos lectores.

Charles S. Scott

Editor jefe de The Scott-Phillips Society

Capítulo 2

Prólogo:

Me llamo Jonathan Henry Derby, y estoy aquí para contarles una historia extraordinaria, la cual comienza exactamente el 29 de agosto de 1914, en una zona ubicada al este de Groenlandia.

Habíamos salido a una expedición de unos doce hombres, éramos yo, mi padre, el arqueólogo Henry Aleister Derby; su colega y amigo, el profesor Geoffrey Somerset; unos seis hombres contratados en Massachusetts como mano de obra, dos esquimales, que eran nuestros guías; y finalmente el profesor Gottfried Alfredson, un académico de la Universidad de Estocolmo que nos estaba acompañando en la expedición.

Pasamos varios días andando por una enorme zona boscosa, habíamos caminado durante horas y horas a lo largo de la frondosa masa de árboles, por las cuáles pudimos habernos perdido de no haber sido por las indicaciones que nos brindaban los guías esquimales. Habíamos salido a primeras horas de la mañana, la última vez que había revisado la hora marcaban las once de la mañana, y de eso había pasado una hora, eso significaba que eran las doce de la mañana. Sin embargo el cielo se afanaba en tener un tono gris a causa de las nubes que se alzaban en el cielo sobre nosotros, haciendo que una luz débil y triste cayese sobre nosotros y sobre la tierra que nos rodeaba.

Finalmente salimos de la masa de árboles y llegamos a un pequeño valle que se encontraba a los pies de un pequeño risco, el cual se alzaba sobre una cuenca abierta en mitad de la pared de piedra, era la entrada de una cueva, una cueva que para los esquimales era sagrada, ellos creían que habían espíritus ahí dentro y que no solían recibir a las visitas porque, según ellos, los espíritus estaban dormidos.

Había sido un reto convencer a los esquimales para que nos llevaran hasta allá. Uno de los esquimales era un hombre viejo y callado, vestido con un traje de piel de caribú y con el cuello y las muñecas repletos de talismanes hechos de huesos, dientes y plumas, obviamente era un chamán. El otro era una persona mas joven, tenía por lo menos mi misma edad (en ese tiempo tenía unos veintitrés años), llevaba ropas ligeras y parecía conocer de cerca al anciano, de hecho me aventuro a pensar que eran parientes, tal vez era su abuelo, tal vez su padre o algo así.

Cómo sea, era el chico quién sabía hablar algo de inglés, ya que había trabajado como guía para varios mineros norteamericanos, lo que hizo que mi padre pudiese hablar con él y le expusiese sus intenciones, nos habíamos reunido con ellos en el iglú que compartía la pareja de esquimales, nos encontrábamos frente a ellos dialogando, pero cada vez

que decíamos algo o le exponíamos algo al chico, éste se acercaba al chamán y le susurraba algo al oído, nos repetían una y otra vez que en esa cueva habitaban los espíritus que se habían retirado a dormir y que no se debía molestar su sueño, también contaron de personas mucho anteriores a ellos que entraron a la cueva y que jamás volvieron a salir de ella, en ese momento creímos que solo eran historias destinadas a asustarnos.

Mi padre les insistió que era absolutamente necesario que entrásemos y que cualquier cosa que hiciéramos nos conllevaría solo a nosotros, el anciano, al darse cuenta de nuestras intenciones, decidieron guiarnos hasta allá y nos iban a dejar entrar a la cueva, pero solo bajo nuestra cuenta y riesgo, y aún con todo nos aseguraron que no iban a entrar en la cueva por mucho que les insistiésemos.

Y así cumplimos, cuando llegamos a la entrada de la cueva, los guías esquimales nos desearon suerte y nos dijeron que esperarían en la entrada por si regresábamos. Tras eso los demás nos adentramos en la cueva, dejando atrás a nuestros guías.

-¡Estos primitivos! – comentó por lo bajo el profesor Somerset - ¿esperan que nos creamos que unos espíritus que no podemos ver y sentir nos pueden hacer daño? ¿Qué se creen?

-Pero doctor ¿Qué tal si están en lo cierto? – preguntó uno de los obreros, era un canadiense.

-¿iEn qué diablos van a estar en lo cierto!? – Exclamó indignado el profesor – solo los insensatos se toman en serio las locuras de gente que viven sus vidas viendo las estrellas ¿esperas que yo me crea esas idioteces sobre la presencia del alma? ¿Quieren que crea que cada cosa que se mueva sea porque tiene un alma? Si es así ¡Muéstrenme el alma de una locomotora o de un barco y les creeré!

El profesor Somerset es un buen hombre, pero que tiene la mala maña de ser absolutamente indiscreto con sus ideas, por lo que era común entrar en discusión con él, muchos quisieron llegar a los puños, aunque nunca se ha dado la ocasión. Muchos de los obreros lo miraron con desdén, incluso algunos cerraron los puños, pero fue el profesor Alfredson quien rompió el silencio que imperó luego de la exclamación del profesor Somerset.

-Se ve, mi querido colega, que no tiene ni la más remota idea de cómo funciona la maquinaria de la vida – dijo el sueco –no es algo que solo se rija por los principios físicos que usted defiende, ni son solo los mecanismos internos y funcionales los que nos hacen estar vivos. No, la materia y todo lo que nos rodea es mucho más compleja de lo que piensa

vuestra vista estrecha.

-¡Paparruchas! – Exclamó Somerset – solo son los comentarios de un loco con mucho tiempo de ocio que se dedica a buscar runas o ¡qué se yo busca usted por esos fríos rincones del mundo! Si usted no obedece a la razón, bien por usted. Pero no espere que los demás enloquezcan junto a usted.

El profesor Alfredson no se mostró ofendido por las declaraciones de Somerset, más bien, por el contrario, empezó a soltar una sonora carcajada que se oyó a lo largo de toda la cueva, los ecos resonaban de una manera siniestra y desagradable, y no pude evitar estremecerme ante esas risas resonantes. El profesor Somerset parecía más indignado que nunca, tenía los puños fuertemente cerrados y fruncía el seño hasta que la cara le quedaba más arrugada de lo que ya la tenía.

-¿Se puede saber qué es tan gracioso? – preguntó por fin Somerset sin siquiera disimular su furia.

El sueco empezó a bajar el volumen de sus risas hasta que solo se redujeron a unas risitas que salían de manera estrepitosa de su garganta, al igual que el agua sale de una tubería taponada con algunos chorros débiles.

-Veo que es usted un hombre de una estrechez incorregible, todavía no es capaz de comprender ni la mitad de los enigmas que mueven nuestra existencia y, a causa de ello, lo toma como meras patrañas, "paparruchas", como usted se ha atrevido a llamarlas. Pero tranquilo, le prometo mostrarle, según mis ramas de conocimiento, lo estrecho que es vuestro mundo y lo amplio que lo va a terminar viendo.

-Pero eso sólo será cuando acabemos lo que vinimos a hacer aquí – afirmó mi padre que iba en cabeza acabando la discusión en seco, yo estaba detrás de él y veía la confrontación por encima del hombro.

Una vez que los dos catedráticos cesaron su discusión, continuamos nuestro andar a lo largo de la cueva.

Aún recuerdo como eran esos dos: El profesor Somerset era un hombre mayor, de por lo menos unos cincuenta años, aunque su humor junto a las arrugas de su piel lo hacían ver veinte años mas viejo, andaba un poco encorvado, tenía las piernas cortas y tenía una barba que lo hacía parecer una cabra, nada más le faltaban los cuernos sobre la cabeza ya que la cara era también similar a la de un carnero, a veces mi padre lo llamaba "profesor Homo Cabrio" (por supuesto, cuando éste no estaba cerca, ya que siempre tuvo mal genio) ¡y ni hablar cuando lo vemos rumiando! ¡A veces me daba ganas de echarme a reír cuando lo veía en ese plan! Sobre la cabeza no tenía mas pelo salvo una especie de pelusa que se asomaba

por encima de sus orejas.

En cambio el profesor Alfredson era totalmente lo opuesto, estoy seguro de que no sobrepasaba los cuarenta años, era un hombre alto de piel blanca, rasgos nórdicos, con el pelo corto y rubio, bien arreglado, los ojos los tenía de unos color azul cual el mar, caminaba erguido y sus ademanes eran educados y cuidadosos, a diferencia del profesor Somerset, éste era un hombre que parecía tomarse las cosas con calma, me atrevo a decir que miraba los sucesos con cierta indiferencia, ya que no les prestaba mas atención que la que exigía su vocación profesional.

Había escuchado muy poco de aquel hombre, solo sabía que era sueco, que venía de la Universidad de Estocolmo y que, según él mismo admitió, era un ávido estudioso de las ciencias ocultas. Sólo eso sabía yo de él.

Recorrimos un buen trecho hasta que la oscuridad se cernió sobre nosotros y no nos fue posible ver nada de nada, solo estaba la opresiva oscuridad que nos cegaba la vista, a nuestro alrededor se oían unos sonidos chirriantes y agudos, aterradores. En ese momento todos los que estábamos allí, casi que al unísono, encendimos las lámparas de aceite que llevábamos junto al equipaje, las luces que emitían nos dejaron ver el camino, al enfocar las luces hacia los alrededores vimos de donde venían los chirridos. Los murciélagos estaban colgados boca abajo en el techo y se habían estremecido por nuestra presencia, cuando la luz les dio de lleno, desplegaron las alas y empezaron a irse volando sobre nuestras cabezas hacia la entrada de la cueva mientras sus chirridos resonaban a lo largo del enorme pasillo, nosotros nos agachamos mientras aguantábamos el oleaje sonoro de aquellas ratas voladoras.

-No ha sido nada – dijo el más veterano de los obreros, un estadounidense enorme con un gran mostacho, y que hacía las veces de capataz – sigamos adelante con nuestro camino.

Nos incorporamos y seguimos nuestro camino, sosteniendo en alto las lámparas, cruzamos varias galerías y varios pasillos, viajar por las cuevas siempre resulta una tarea emocionante, aunque también resulta bastante intimidante, uno nunca sabe realmente que se oculta tras la oscuridad de esas cuevas, incluso aún con las lámparas era imposible saber que había oculto en aquellos lugares donde las sombras gobernaban y los ruidos sentenciaban de manera perpetua.

Finalmente cruzamos un amplio pasillo hasta llegar a una amplia galería donde no había murciélagos y que no se encontraba a oscuras, ya que la luz del sol entraba a través de un enorme tragaluz que había en el centro, el cual daba de lleno en un enorme agujero en el suelo. Apagamos nuestras lámparas y nos aproximamos a ver qué era ese lugar.

Al acercarnos vimos que en el hueco se veía una espaciosa galería, cuyas paredes parecían hechas de cristal, muy similar al lapislázuli, el piso parecía estar hecho de hielo blanco, lo que le daba un bello contraste con el tono oscuro de las paredes. Era increíble que existiese un lugar así en la tierra. Mi padre veía todo eso con atención, parecía también sorprendido por lo que veía.

-¿Tienes la Corona contigo aún? – preguntó de pronto volteando abruptamente hacia mí.

-Si – le respondí palpando el bolso – está a buen resguardo.

Habíamos llegado hasta Groenlandia para encontrar el origen de un extraño objeto que había ido a parar a las manos de mi padre, era un artefacto curioso y muy raro cuya procedencia no se conocía hasta el momento.

Había sido encontrado por un grupo de pescadores en las costas de las Islas Shetland, al norte de Escocia, mientras cumplían su honrosa faena, unas semanas después ya estaban en manos de mi padre, el cual empezó a recabar información como loco para saber de donde había salido esta extraña reliquia.

Yo mismo había podido verla con mis propios ojos, incluso yo mismo llegué a tocarla, ya que me tocó llevarla para la expedición. Era una diadema hecha de un material que parecía platino, con gemas engarzadas en los bordes en varias cuencas de formas diamantinas, todo estaba hecho con formas filosas y curvadas, pero que armonizaban a la perfección y no se sentían imperfectas, era una pieza hermosa hecha por una mano experta, podría haberme pasado horas y horas viéndola y aún así no se restaría en lo absoluto mi admiración hacia esa pieza.

Lo único que la hacía descuadrar era un segmento faltante, ocupaba buena parte de la parte izquierda de la diadema, la cual se suponía tenía que cubrir la nuca hasta encima la sien izquierda, pero en cambio estaba desprendida, cómo si se hubiese quebrado en algún punto, lo cual era raro, ya que aquella diadema parecía bastante resistente, lo que sea que la haya quebrado debió de ser muy fuerte.

El artefacto permaneció como un enigma y no se lograba averiguar gran cosa sobre los posibles orígenes de quien creara esa reliquia, la cual no se le pudo llamar de otra manera que no fuese la "Corona de Shetland". Todo eso fue hasta que mi padre se puso en contacto con el profesor Alfredson, de la Universidad de Estocolmo, el cual le comentó a mi padre, luego de una conferencia que dio el sueco en Londres, de que él tenía una teoría sobre los orígenes de la Corona de Shetland.

Alfredson, que era también un arqueólogo destacado, le relató a mi padre sobre sus recientes pesquisas: Según su teoría, la Corona correspondía a una extraña civilización que habitó buena parte del extremo norte del planeta, mas concretamente, buena parte del territorio que ahora es Groenlandia, era una civilización muy antigua e increíblemente avanzada, conocían muchos secretos sobre la fundición de metales mucho antes de la era actual, de hecho, por lo que apuntaban los indicios que conocía el profesor, llegaron incluso a dominarlos a la perfección, incluso las evidencias actuales sugerían que no era lo único en lo que estaban avanzados, no, era una civilización tecnológicamente adelantada en comparación con las grandes civilizaciones de la tierra. A mi padre le resultaba casi imposible creérselo, más cuando el profesor Alfredson le mencionó que los indicios apuntaban a que posiblemente esta civilización surgió en la Edad de Hierro

-¡Por favor! – Le dijo mi padre – en esa época apenas se había descubierto que se podía fundir el metal ¿Cómo espera que me crea que haya una civilización que estuvo más avanzada que Grecia, Roma o Babilonia, por solo decir algunas, en esas y otras muchas habilidades que ellos desarrollaron?

-No tiene porqué creer a mis palabras – le contestó el profesor Alfredson con total calma – pero puede creerle a sus ojos que no le mienten ¿verdad?

Unas semanas después ya estábamos partiendo a Groenlandia, el profesor le había relatado a mi padre sobre una expedición hecha por los noruegos hasta Groenlandia en la que llegaron a cierta cueva en donde se adentraron y relataron que habían encontrado un altar oculto en sus profundidades, más no pudieron entrar ya que no tenían los medios para hacerlo, lo que les obligó a darse media vuelta y volver por donde llegaron, los noruegos no encontraron el camino de nuevo hacia la cueva y con el tiempo se olvidaron de ella. Sin embargo, tomando en cuenta el relato oculto en una de las sagas nórdicas, se enteró que, en palabras de los noruegos, solo los skrælings sabían la ubicación exacta de la cueva.

Tanto mi padre como yo sabíamos quienes eran los skrælings, era el nombre que ellos le daban a los nativos de Islandia y Groenlandia, y en éste último caso, los skrælings eran los nativos inuit, incluyendo a los esquimales.

Estábamos ahora ante la entrada de, lo que nosotros supusimos, era el altar al que se referían los noruegos, también nos dimos cuenta de por qué no habían podido entrar a él, el altar estaba a por lo menos unos siete metros por debajo del suelo, le hubiera sido imposible a esos guerreros con sus pesadas armaduras de metal bajar intactos hasta allí, y en caso de que alguno lo lograra, no sería jamás capaz de volver a subir a la superficie y quedaría condenado a quedarse atrapado allí abajo para

siempre.

Por suerte habíamos tomado las previsiones de llevar con nosotros los instrumentos y el equipo de alpinismo, ya que preveíamos que íbamos a acabar subiendo alguna ladera o algo por el estilo. Alguien tenía que bajar y echar una ojeada, los hombres se miraban unos a otros preguntándose quién podría ser, pero no había mucha gente que quisiera bajar a tal profundidad, los obreros tenían miedo de quedar atrapados abajo, el profesor Alfredson aseguró que era claustrofóbico, el profesor Somerset era muy viejo y frágil para hacerlo descender por ahí, tan solo quedábamos mi padre y yo.

Mi padre era un hombre de estatura mediana, pero estaba en buena forma y gozaba de buena salud a pesar de ya pasar los cuarenta, era un hombre de pelo castaño y ojos color café. Yo en cambio era más alto que él, aunque era algo más delgado, aún así éramos muy parecidos uno al otro, yo también tenía los ojos de color café y el pelo castaño. Al ser los que físicamente eran capaces de intentarlo, la responsabilidad quedó en manos de los dos, teníamos que decidir quién de los dos iba a bajar.

Finalmente le dije a mi padre.

-Yo bajaré.

-¿Qué...? No, de ninguna manera – terció mi padre a mi ofrecimiento – yo tengo mas experiencia en esto, debo ser yo quien baje.

-No padre – le dije apoyando una mano sobre su hombro – tu tienes mas experiencia que yo en estas cosas, por ello es mejor que te asegures de que no me pase nada.

-¡Pero Jonathan! – Exclamó con terquedad - ¿te das cuenta de que si algo malo pasa muy probablemente no puedas salir de ahí nunca?

-Entiendo tu preocupación, padre – le dije al tiempo que le daba una palmada en la espalda – es por eso que te necesito aquí arriba, tu te asegurarás de que no me pase nada malo.

Mi padre me miró a los ojos, su mirada delataba su preocupación hacia mi, luego bajó la vista hacia el foso subterráneo, volví a palmearle la espalda al tiempo en que le decía.

-Estaré bien padre, me aseguraré lo más que pueda de que no me pase nada.

-Y del resto me tengo que ocupar yo ¿no? – me dijo mientras trataba de reír, aunque su voz reflejaba aún preocupación, sin embargo igual volteó hacia mí y me hizo un asentimiento, dándome autorización para

descender por el hoyo.

Una vez estuvo todo listo empecé mi descenso hacia el foso en la tierra, me habían amarrado un arnés de seguridad y por allí me sujetaban al tiempo en que yo bajaba por la ladera de cristal, el descenso fue lo que se puede llamar "lento, pero seguro", prácticamente descendía paso a paso, centímetro cuadrado a centímetro cuadrado, tras un largo tiempo (que creí que fue una hora) luchando contra el vértigo, el apuro y los nervios que me oprimían el pecho y la garganta coartándome parte del aire, llegué finalmente al suelo. Una vez allí me di la vuelta para observar lo que tenía detrás.

Frente a mí se alzaba algo que era un espectáculo para mis ojos, más allá de las paredes color lapislázuli y del piso de cristal blanco, se alzaba una especie de altar rodeado por una especie de arco natural formado por varios cristales que parecían esmeraldas y que surgían del techo y las paredes formando algo que a la vista parecía una corona de cristal, el centro estaba dominado por una especie de pedestal hecho de un material similar a la obsidiana. Aquel espectáculo era sencillamente deslumbrante y me había dejado con la lengua seca, por así decirlo, ya que me quedé en completo silencio.

-¿Todo bien allá abajo? – preguntó mi padre allá arriba.

-Si – le respondí apartando mi sorpresa – hay algo por aquí, voy a adentrarme un poco, para ver que es.

-Bien, procura mantener el arnés atado a tu cuerpo ¿de acuerdo?

Levanté el pulgar de manera afirmativa, para que supiera que lo había escuchado.

Me acerqué al altar, al principio fui con cautela, ya que creí que me iba a resbalar en el hielo que estaba pisando, pero tras un rato me di cuenta de que no había nada que temerle, de hecho se sentía solo como si caminase por un piso recientemente encerado, o sea, era resbaladizo, pero no tanto como si fuera una barra de jabón o algo así.

Seguí andando hasta que finalmente llegué ante el altar, el pedestal negro estaba a solo unos metros, éste exhibía encima un extraño objeto dorado que llamó mi atención. Me acerqué más y vi que era una pieza curvada, de una forma afilada pero curvilínea, parecía el fragmento de...

i...Una diadema!

Rebusqué en el bolso hasta que saqué, envuelta en un pañuelo para que no se estropeará, La Corona de Shetland, tomé la pieza que estaba sobre el pedestal y la coloqué sobre el segmento que faltaba, con el fin de

comparar la pieza con la que le faltaba a la Corona. Pero tan pronto las junté pasó algo totalmente inusual, una luz empezó a surgir de la Corona, la cual me cegó la vista y me obligó a taparme los ojos con el brazo, la luz también emitió un fuerte calor que se sintió en mis dedos, pasó un largo rato hasta que la luz se esfumó y pude volver a abrir los ojos, aparté el brazo y fue allí que vi otra sorpresa.

La Corona de Shetland, como la llamábamos, estaba ahora completa, los dos segmentos estaban unidos perfectamente, de hecho daba la impresión de que jamás se hubiera fragmentado, estaba, como suele decirse, totalmente como nueva, tal y como debió de haber salido del trabajo de fundición, estaba más hermosa que nunca ahora que tenía las piezas juntas.

Me giré y me regresé hasta el centro del foso, donde los demás pudieran verme, quería mostrarles a ellos, y sobre todo a mi padre, el prodigio que acababa de ocurrir frente a mis narices. Ya estaba listo para decir algo y ya había alzado la vista hacia donde estaban los demás, mi padre estaba cerca del borde sobre mí, mientras que el profesor Alfredson se encontraba de espaldas a él.

-¡Padre! – Grité eufórico – ¡La Corona! ¡Está completa!

Mi padre se quedó sin habla, se veía la completa excitación que en ese momento estaba sintiendo. En ese momento vi que el profesor Alfredson se estaba dando la vuelta. Vi entonces algo que me impactó.

Los ojos del sueco, que antes eran de un color azul cual el cielo, pasaron a verse de un color blanco espectral brillante, y su mirada era absolutamente penetrante. Él observó a mi padre y sacó de su abrigo de piel una pistola. Traté de avisarle a mi padre del peligro, pero ya para cuando él se dio la vuelta, ya Alfredson estaba tirando el gatillo.

Mi padre cayó desplomado dentro del hoyo, corrí hacia donde él estaba, pero ya era tarde, mi padre estaba muerto.

Oí que Alfredson le estaba diciendo unas cosas a los que se encontraban arriba, yo no sabía nada, no entendía nada, solo fue tras un rato que logré reaccionar por fin, levanté la vista y vi que el profesor Somerset estaba frente a al asesino, blandiendo frente a él un piolet, se le veía claramente furioso.

-No pienso dejarle tocar a Jonathan – le decía – usted no tiene ningún derecho a hacer esto, y le juro que mientras esté de pie no voy a dejar que le ponga un dedo encima al chico.

-Como quiera – le contestó Alfredson al tiempo que le metía un balazo en

la rodilla, el profesor Somerset se calló de costado retorciéndose de dolor.

-¿Alguien más quiere protestar? – preguntó Alfredson al tiempo que alzaba el arma sobre su cabeza.

Los obreros no dijeron nada, solo se limitaron a verse con expresiones nerviosas.

-¡Bien! – Exclamó antes de darse de nuevo la vuelta – ahora suban a este chico, yo seré quien cuide la Corona. Preferiría que me la entregara pacíficamente.

En ese momento los obreros empezaron a tirar de los arneses para hacerme subir, yo me resistía lo mejor que podía, jalaba la cuerda para retrasarles, llegaba incluso a tratar de dejarme caer para agregarles mas peso que subir. No sabía qué era lo que estaba ocurriendo, pero de algo estaba más que seguro, si dejaba que ese hombre, Alfredson, se llevara la Corona, o si dejaba que estuviese a su alcance, no iba a dudar en hacer lo mismo que hizo con mi padre, y no estaba dispuesto a que eso pasara.

Intenté todo lo que pude, pero los obreros jalaban con todas sus fuerzas y lograron despegarme del suelo, ellos ya me estaban subiendo y yo estaba suspendido en el aire con un arnés rodeándome la cintura, yo trataba de resistirme, pero me estaba acercando a la entrada cada vez mas, ya no tenía tiempo. En ese momento saqué de mi bolsillo una navaja que guardaba en caso de emergencia y me puse a cortar con una mano el arnés mientras sujetaba la Corona con la otra, sabía que si cortaba el arnés me esperaba una caída de por lo menos unos seis metros y posiblemente no iba a acabar vivo.

Pero no me importaba, vivo o muerto, no iba a dejar que el asesino de mi padre se saliera con la suya, así que me esforcé como nunca en cortar el arnés, Alfredson se puso nervioso y empezó a apurar a los obreros para que presionaran más. Ellos obedecieron e hicieron todo lo posible para hacerme subir lo más rápido posible, pero mientras ellos se apresuraban en subirme, yo me apresuraba en cortar el arnés.

Ya estaba cerca de la entrada, literalmente Alfredson estuvo a punto de arrancarme la Corona de la mano. En ese momento la última hebra del arnés fue cortada por mi navaja. Empecé a caer rápidamente al suelo, sujeté la Corona con las dos manos y cerré los ojos, sabía, o mejor dicho, pensaba que ese era el final, un momento después sentí como si el piso se deshiciera tras de mí, una serie de tintineos empezaron a resonar en mis oídos, era un sonido muy agradable, tranquilizador, me hizo sentir una fuerte calma.

Creía que era el fin, pensaba que hasta allí llegaba mi camino, empecé a recordar mi vida, mi tierna infancia, mis años de adolescencia, los días de

juventud junto a mi padre, esos días no iban a regresar, todo se había esfumado para siempre. En ese momento creí que posiblemente, si había un más allá, allí me encontraría con mi padre.

En esas melancólicas reflexiones estaba ocupando mi mente cuando de pronto sentí un fuerte golpe en la cabeza y mi espalda, el golpe y el fuerte dolor que sentía me hicieron abandonar mis ideas al tiempo en que me recostaba sobre el lado derecho gimiendo de dolor.

Una vez que el dolor cesó, abrí los ojos y me di cuenta de que estaba sobre un suelo de ladrillos, eran blancos y estaban fríos, muy fríos. Me incorporé y luego me levanté para mirar en derredor, estaba en medio de un callejón, parecía uno de esos callejones londinenses que se ven durante el invierno. Me limpié la nieve que me había caído y recogí la Corona que en ese momento estaba en el suelo, luego la guardé en el bolso, no sé porqué, pero tenía la impresión de que no debía de ir por la calle con ella.

Salí del callejón hacia la calle, las aceras tenían nieve acumulada en los resquicios y en ese momento estaba nevando, pensaba que debía estar en Londres, por más absurdo que suene, de alguna manera había terminado allí, había terminado de acabar en Groenlandia para acabar en mitad de un callejón en plena Londres, traté de cruzar la calle rápido y en ese momento algo pasó tras de mí, al tiempo que alguien a mis espaldas me lanzaba maldiciones y palabras soeces. Cuando me di la vuelta vi entonces que era algo que parecía una especie de automóvil, solo que éste era largo, sus formas eran curvilíneas y se desplazaba sin hacer ninguna clase de ruido, salvo una especie de zumbido magnético del que no sabía de donde provenía, una vez que llegué a la otra acera, me di cuenta de que en la calle estaban circulando más de esos coches zumbadores. Cuando observé más allá de la calle me di cuenta de que donde yo estaba definitivamente no era Londres.

Más allá se alzaban unas enormes torres luminosas, más altas que el Big Ben, de formas muy redondeadas que describían hermosas curvas y alzaban sus puntas al cielo, todas las torres parecían estar hechas de cristal o de metales preciosos y sobre muchos de ellos había una leve capa de nieve, vi una torre del reloj inusual, un enorme edificio vertical, de forma piramidal, pero con los bordes curvados hacia adentro, y en la punta se alzaba una enorme bola blanca donde se encontraba el reloj, el arquitecto que diseñó el Big Ben se habría infartado. Y más allá se alzaba un edificio que parecía una flor con los pétalos cerrados, esperando a la primavera para abrirse, a cada sitio que mirara había una cosa más increíble que otra, más de una vez me pregunté si aquello era solo un sueño, pero no era un sueño.

Así fue que tras una expedición por Groenlandia acabé en medio de un sitio extraordinario, una Ciudad de Hielo.

Capítulo 3

Capítulo 1

Luego de la impresión inicial, de la que tardé en recuperarme ya que aún no procesaba lo que me acababa de suceder, empecé a deambular por las calles sin tener algún destino definido, ni siquiera sabía exactamente que lugar era en el que acababa de caer y me limitaba a andar como un sonámbulo por ahí, sin rumbo fijo y sin saber donde enfocar mi vista, ya que miles...millones de cosas pasaban frente a mis ojos sin darles tiempo de captar casi nada. Todas las calles estaban repletas de personas que parecían apresuradas y que no parecían reparar en mi presencia, sólo eso me recordó, muy vagamente, a la ya familiar Londres.

Caminaba por una de las aceras mientras veía como por la carretera pasaban una y otra vez, zumbando eléctricamente de un lado a otro, unos autos peculiares como el que casi me había atropellado hacía poco, algunos tenían las mismas formas alargadas y parecían ser de por lo menos cuatro o seis plazas, otros eran bastante pequeños y no parecían tener espacio para más de dos personas, sin embargo todos obedecían a una curiosa estética, sus formas describían suaves curvas que fundían las capotas con el techo y los parachoques, dando la semejanza de las olas alzándose en el mar o las dunas en el desierto.

Caminaba junto a edificios de ladrillos blancos que, a plena vista desde donde estaba, daban la ilusión de ser como cualquier casa o edificio de cuatro plantas en cualquier ciudad europea, pero cuando alzabas la vista te topabas con que estaban cubiertas las paredes con mosaicos marrones de claro diseño floral, todo para acabar en la punta con unos tejados de cuatro aguas con los ángulos hacia afuera, lo que les daban la impresión de ser unas especies de cúpulas hechas de tejas de color azul, negro o blanco.

Pero el espectáculo mayor eran los edificios que se alzaban más allá de donde me encontraba, más altos de lo que me haya podido imaginar y con diseños arquitectónicos que, hasta ese momento, hubiese considerado simplemente imposibles. Estaba la curiosa torre del reloj de diseño piramidal, no era capaz en lo absoluto de entender cómo pudo llevarse a cabo un proyecto así, no podía creer que existiera un edificio con tal diseño; estaba el edificio semejante a una flor con los pétalos cerrados, en ellos se veían miles de farolas dispuestas en columnas circulares y que brillaban con varios cambios de tono, las columnas inferiores brillaban azules, luego verdes, luego rojas, luego purpuras, y así cambiaban al igual que las de las fila superiores, era un muy bonito espectáculo.

Caminé en esa dirección por unos kilómetros, aunque no llegué hasta allí, de hecho, cuando me daba la vuelta para tratar de ubicarme, me di

cuenta de que había dejado atrás los edificios de muros blancos para fijarme en un espectáculo aún más singular, rieles que parecían hechos de cristal se alzaban y se curvaban sobre el suelo, ascendiendo hacia altas torres de metal plateado que se alzaban sobre mi cabeza, de diseño ondulante que dejaban suaves y marcadas concavidades. Por otro lado había también una especie de vía de monorraíl donde avanzaba, de manera lenta y perezosa, una especie de cabina redonda, parecía una bola de boliche gigante hecha de un cristal transparente, donde iban varias personas sentadas alrededor de un hombre que se encontraba de pie en el centro y que hacía ademanes con los brazos hacia todos lados, como si les señalara la ciudad alrededor al igual que haría cualquier guía turístico, que de hecho tenía toda la pinta de ser uno.

Seguía caminando con la vista fija en las curiosas imágenes que se mostraban ante mis asombrados ojos cuando de pronto escuché que alguien me gritaba a mis espaldas mientras me agarraba por el cuello de mi abrigo de piel por detrás, deteniéndome en el acto, justo en ese momento pasó frente a mi uno de los extraños automóviles que pasaba a toda velocidad a escasos metros de mí, zumbando como un abejorro, estuvo cerca de atropellarme.

Cuando me di la vuelta para ver a quien me había detenido no pude contener mi aún más creciente sorpresa. La persona era una mujer alta, de tez blanca cual la leche cuyo cutis brillaba ante la luz como la porcelana ante una lámpara encendida, vestía con una gabardina blanca que estaba cerrada desde el cuello con unos botones negros que parecían hechos de obsidiana, tenía el cabello largo y ondulado, de un color morado, pero más me sorprendieron sus ojos, eran de un color magenta y tenían un brillo peculiar, era parecido al brillo penetrante en los ojos de...

Del profesor Alfredson.

-La próxima vez, espera a que cambie la luz – me dijo ella severamente mientras me amenazaba con el dedo y luego señalaba con el mismo hacia arriba.

Seguí la dirección de su dedo y vi, en la dirección en la que señalaba, tres lámparas en forma de lágrima dispuestas sobre un borde de metal blanco, una de las lámparas estaba encendida, emitiendo una luz roja.

Luego ésta se apagó y se encendió la que tenía al lado, ésta brillaba amarilla, y después se apagó ésta y se encendió la que tenía al lado, con una luz azul. La mujer que me había reprendido se fue caminando frente a mí, al igual que un montón de gente en la cual no había prestado atención y que parecían estar esperando a que la luz cambiase.

Yo empecé a cruzar la calle, pero tras el encuentro con aquella mujer empecé a fijarme en las personas que pasaban a mi lado, tanto en los

ojos como en los cabellos vi coloraciones que no recordaba haber visto antes a otras personas: blancos, turquesas, púrpuras, verdes, amarillos, anaranjados e, incluso, un par de tonalidades de rosa, todos eran tonos claros, muy claros, por lo cual a simple vista no se notaba algún tipo de cacofonía visual notoria, pero al fijarte mejor te dabas cuenta del curioso abanico de colores. Pero eran los ojos lo que me estaban cada vez estremeciendo más, todos ellos tenían los ojos brillantes...todos, eran casi el mismo brillo en todos, el mismo que le había visto en los ojos de Gottfried Alfredson antes de que matase a mi padre frente a mí.

En ese momento el recuerdo volvió a mi mente con fuerza y se metió en ella estrepitosamente, recordándome el rostro agonizante de mi padre entre mis manos, la expresión de sanguinario triunfo en el rostro de Alfredson, el estallido del cañón tras el que se asomó la muerte para abalanzarse sobre mi padre indefenso. Mientras esos recuerdos iban a mi mente posé la mirada sobre uno de esos hombres de ojos brillantes, el cual me miró fijamente, con una expresión perpleja en su penetrante mirada, antes de alejarse de mí rápidamente, como si me temiese.

En ese momento no entendí la reacción de aquel hombre, ni tampoco le quise prestar mucha atención, lo único que quería era saber de una buena vez donde era que estaba.

Ya había terminado de cruzar la calle y estaba ya caminando por la acera cuando de pronto escuché unas voces que llamaban a mis espaldas, me giré para ver quién llamaba y a quién lo hacía. Al girarme vi que se acercaban dos hombres con abrigos negros, cerrados desde la mitad del pecho con botones dorados, justo donde comenzaban unas solapas bordadas en el mismo color; ellos sujetaban en sus manos derechas lo que parecían bastones policiales, sólo que éstos no parecían hechos de madera sino que, por el contrario, tenían un color negro metálico y en la punta había varias anillas amarillas la cuales estaban dispuestas en orden horizontal, de arriba hacia abajo, hasta casi llegar al asa del mazo.

-Eh, tú – me decía uno de los hombres de negro, uno con el cabello gris y ojos aguamarina – detente allí donde estás.

No sabía quiénes eran o porqué me ordenaban detenerme, pero les hice caso y me mantuve parado en la acera, sin dar ningún paso. Ellos dos se miraron y asintieron entre sí, fue entonces que el de pelo gris y su compañero, que tenía el cabello de un morado oscuro y los ojos verdes, se empezaron a acercar. El primero blandió con fuerza su bastón cual si fuera una espada en un barrido vertical, entonces vi cómo las anillas amarillas se separaban de la punta del bastón y parecían quedar suspendidas sobre ésta, tras lo cual empezaron a emitir una especie de zumbido eléctrico; él miró a su compañero y éste hizo lo mismo con su bastón, mismo barrido

vertical, misma separación de anillas, mismo zumbido eléctrico.

Yo observaba la escena sin poder moverme, no sabía qué intenciones tenían esos hombres entre manos y no sabía cómo tenía que reaccionar, aunque sus expresiones, carentes de cualquier clase de amabilidad, me hacían temer que no tenían nada bueno entre manos, había una cierta malicia y sadismo en sus rostros severos. La mera expectativa de saber que me irían a hacer me ponía los nervios de punta y hacía que mis piernas tuvieran ganas de girar sobre sí mismas y salir corriendo como si tuviese al diablo mordiéndome en los talones, la situación me incomodaba al extremo de ser casi aterradora.

En ese momento escuché que alguien gritó detrás de mí, giré la cabeza y vi que había alguien que tenía la mitad del rostro para abajo cubierta por una bufanda blanca (por la voz reconocí que era una mujer joven) la cual me hacía señas con la mano para que la siguiera mientras repetía una y otra vez...

-¡Son Vigilantes! ¡Corre, vamos!

No hizo falta que me lo repitiera, giré sobre mis talones y empecé a correr raudo, sin mayor destino que hacia donde me guiaba la mujer de la bufanda, que había empezado a correr delante de mí, empecé a partir de allí a escuchar unas órdenes gritadas con voz severa a mis espaldas, seguidos de las pesadas zancadas emitidas por sus botas.

Ella avanzaba rápidamente a lo largo de la larga fila de personas que le interrumpían el camino, los esquivaba ágilmente o pasaba por encima de algún obstáculo, por lo general una valla o el alféizar de una ventana, para evitar así chocarse con alguien de frente. Yo en cambio avanzaba torpemente por la calle, apartando a todo aquel que se atravesara frente a mí o chocando con alguien en quien no había reparado su presencia hasta que ya era tarde, por lo que mi avance por la concurrida acera se vio tedioso y por donde iba pasando dejaba un sendero de personas y objetos de todo tipo, desde masetas hasta bolsas de mandados con cosas que no reconocía, apartados a la fuerza por mis manos y mi torpeza.

Había mirado por encima del hombro para ver por donde iban mis perseguidores, se estaban acercando rápida y peligrosamente hacia mí, tarde o temprano me agarrarían, la mujer me había dicho que eran Vigilantes y que debía correr ¿quiénes eran los Vigilantes? No lo sabía ¿Y porqué había que huir de ellos? Porque me perseguían, pensé.

En ese momento recordé a la mujer y volví a mirar hacia el frente, ella estaba cruzando una esquina de una calle que estaba más adelante. Maldije en silencio y busqué con la mirada una vía de escape, en ese momento vi a un costado de la calle una especie de barandilla de metal amarilla la cual se erigía sobre un foso cuyas paredes tenían el mismo

color, la barandilla separaba el foso de la acera, en la barandilla leí que ponía "Zona en Mantenimiento".

Sin pensármelo dos veces avancé hasta la barandilla, me impulsé con una mano y salté sobre ella, debajo había notado que el foso terminaba en un montículo de una especie de arena blanca, la cual pensé que amortiguaría mi caída.

Pero en el momento en que iba a caer sentí un tirón a mi espalda, cuando me di cuenta estaba suspendido en el aire, con la tierra a por lo menos dos metros por debajo de mis pies, miré hacia arriba y vi que uno de los Vigilantes, el de los ojos verdes, me estaba sujetando por la espalda y estaba haciendo esfuerzos para subirme. De pronto me di cuenta con el forcejeo de que me estaba jalando por uno de los arneses de mi abrigo, de los que usaba en el equipo de alpinismo y el que usaron para atarme la cuerda de salvamento en la expedición, busqué el cierre del arnés entre mi abrigo, y antes de que el Vigilante me terminara de subir, me solté el arnés del abrigo. Empecé entonces a caer desde la barandilla mientras un recuerdo cruzaba mi cabeza durante la caída. El recuerdo de estar cayendo mientras Alfredson me veía desde arriba con una expresión que oscilaba entre la sorpresa y la frustración.

Caí sobre la espalda en el montículo de arena blanca, no fue un golpe suave, salí de allí con la espalda dolorida, pero agradecí de que al menos no se me fracturara. Me incorporé rápidamente mientras uno de los Vigilantes le daba órdenes al otro, luego ellos se separaron por los costados de la acera, yo sabía, o al menos suponía, aunque no de manera muy desarcertada, que buscaban una manera de dar un rodeo.

Sin más empecé a recorrer la zona de mantenimiento sin abandonar la prisa, ésta sólo consistía en un viejo callejón o, se podría decir, un túnel excavado en la piedra blanca de la ciudad, no se veían ni puertas ni ventanas, sólo paredes, muchas...muchas paredes, pasadizos y encrucijadas que conducían a más callejones-túneles, parecía un laberinto erigido bajo las calles de la ciudad.

Intenté encontrar una forma de salir de allí, pero los incontables pasadizos me mareaban y me hacían volver siempre al mismo sitio de donde había venido hace apenas unos minutos, aquí no valía orientación alguna, ya que cada zona por la que pasaba era exactamente igual a la anterior (aparte de un callejón sin salida amarillo que fue por donde entré) y no lograba captar nada que me ayudara a regresar a ésta o a ignorarla, simplemente no tenía idea de donde era que estaba parado.

Seguía dando vueltas cuando de pronto vi una luz al final de un pasillo, fui corriendo hasta allí para ver si había encontrado una salida, en ése momento vi que había una especie de tragaluz redondo en el techo, al fondo, en la pared, había una escalera que ascendía a lo que concluí, por

los sonidos que desde allí llegaban, sería la acera.

Ya estaba apresurándome a ir hacia allá cuando de pronto sentí que algo me tomaba del brazo y me arrastraba hasta un callejón continuo, el callejón estaba oscuro y no podía ver casi nada, la persona que me agarró me tapó la boca y me estampó en una pared, intenté forcejear y apartar a esa persona de mí, pensé que podría ser un Vigilante, pero en ese momento alzó un dedo frente a mí, gesto para que me callara y me susurró.

-Sigue así y los Vigilantes nos pillarán – reconocí la voz de quien me hablaba, no podía ser sino la mujer que me había dicho que corriera, la que había perdido hace poco en mi carrera, cuando me fijé mejor, aún en la oscuridad del callejón, vi que aún cubría la mitad del rostro con su bufanda.

En ese momento un sonido rítmico y metálico nos sobresaltó, alguien estaba bajando las escaleras. Ella me arrastró mas adentró en el callejón, donde estaba más oscuro, y aguzamos el oído. Los sonidos metálicos habían sido remplazados por meros sonidos de pasos sobre la piedra, luego apareció uno de los Vigilantes, el de cabello gris, caminando por el corredor, con su porra en la mano y dando miradas hacia todos lados, miró hacia el pasillo donde nos encontrábamos, pero siguió de largo, no se había percatado de que estábamos allí.

Seguimos allí dentro, agazapados y sin hacer el menor ruido, hasta que escuchamos cómo los pasos se alejaban hasta prácticamente evanecerse.

-Ya – me dijo la mujer de la bufanda – es seguro salir.

Salimos sin hacer mayor ruido y fuimos hasta la escalera, ella me hizo una seña para que me detuviera y luego me dijo.

-Cuando subas, sube con cuidado, sin ir muy rápido, no quiero que subas haciendo ruido o si no tendrás que vértelas con ese Vigilante.

Asentí a su consejo, el cual tenía sentido para mí, y ella empezó a subir primero, mostrándome cómo lo debía de hacer, primero no apoyaba los pies sobre el escalón, lo deslizaba sobre él, una vez que el pie estaba bien dispuesta ella se apoyaba y hacia el mismo procedimiento con el otro escalón, así lograba subir la escalera sin hacer el mayor ruido, aunque el avance era un poco más lento.

Una vez que ella subió lo suficiente como para dejarme espacio a mí, empecé a subir yo también, iba haciéndolo tal cual ella lo estaba haciendo, aunque tenía impaciencia por salir de allí a causa de los nervios, tuve que hacer un muy gran esfuerzo por reprimirlos, sabía que si cometía un error y hacía que la escalera tintineara seríamos agarrados por esos

Vigilantes, y a saber que iban a hacer con nosotros.

Continuamos nuestro lento avance hasta que ella logró llegar al final, ella me ayudó a subir los últimos dos escalones y finalmente estuve en pie en medio de una calle que no parecía demasiado concurrida. Ella me hizo una seña con la mano para que la siguiera y se fue por un callejón cercano, yo la seguí.

Seguimos corriendo como locos por las calles de la ciudad, pasando de manera fortuita de un callejón a otro, ella andaba siempre frente a mí y yo trataba de seguirle el ritmo. Finalmente nos detuvimos en la acera de una calle que se encontraba en ese momento en silencio, tras salir de un callejón, una vez que nos detuvimos fue que empecé a jadear por el cansancio y me dejé caer sentado apoyándome con la espalda en la pared de un local que en ese momento estaba cerrado, las piernas ya me empezaban a fallar por el esfuerzo.

Ella, que parecía estar menos cansada que yo, miró en derredor y se asomó al callejón del que acabábamos de salir.

-¿Aún nos siguen? – pregunté mientras mantenía la vista en ella.

-No creo – fue su respuesta – pero es mejor estar prevenido a las circunstancias.

Asentí sin que ella me viera y miré también en derredor, pero yo lo hice para ver en donde era que estábamos. No me había fijado hasta ese momento del color que estaba adquiriendo el día, miré hacia lo que parecía ser el sol, un enorme disco de color azul celeste que se tornaba a un tono más oscuro, al igual que la luz del sol de mi hogar pasaba de dorado a rojo al empezar a caer el ocaso, y aunque la luz de aquel sol azul irradiaba calor, ésta se iba desapareciendo a medida de que se apagaba en el horizonte, tal como ocurriría en un ocaso durante el invierno.

Y ni siquiera ese calor era capaz de abatir el frío que hasta ese momento sentía, el suelo, el aire...todo se sentía frío y ni siquiera aquella especie de sol azul podía ahuyentarlo, solo podía aminorar sus efectos mientras duraba el día.

En la acera de enfrente había varios locales cerrados y que mantenían las luces apagadas, tan sólo estaban iluminadas por unos postes de luz cuyas lámparas eran unas cúpulas blancas cual copos de nieve, las cuales

alumbraban las calles con una luz potente. Sobre las puertas de los locales estaban escritos sus nombres, los cuáles eran bastante pintorescos y curiosos para mí: "El Rincón de Doiora", "Sastrería Farcier", "Lugian's Bistro", "La Casa de los Misterios de Lady Yoreena"... así cada uno estaba dispuesto de izquierda a derecha, pero había algo en aquellos nombres escritos en banderines de tela que me parecía extraño, algo me parecía fuera de lugar, más no era capaz de distinguir que era exactamente...

Pero yo ya estaba cansado de impresiones y de cosas raras, ya había tenido un día repleto de sorpresas y ya no tenía cabeza para casi nada, ya simplemente había aceptado que no estaba en Londres, ni en Europa, ni en ningún otro sitio que pudiera asemejarse, de que estaba en un sitio muy distinto a de donde venía y que, muy probablemente, no era bienvenido por todos allí dentro.

-Bueno, parece que por fin los perdimos – dijo ella acercándose a mí, bajo la bufanda escuchaba como su respiración se hacía difícil.

Ella se sentó a mi lado, apoyándose también en la pared. Me giré hacia ella para verle mejor, hasta donde podía ver tenía los ojos de un color azul profundo (cercano al azur) los cuáles brillaban al igual que los ojos del resto de la gente de la ciudad, y tenía el cabello de un color azul celeste muy claro, casi era blanco, le llegaba hasta un poco debajo de los hombros. Iba vestida con una especie de casaca azul oscuro con botones plateados que la cerraban desde el cuello, sus pantalones (mis disculpas si incomoda esta descripción) eran de un color beige y estaban ceñidos a sus piernas las cuáles estaban cubiertas desde debajo del muslo por unas botas negras, largas pero de tacones bajos.

Fue entonces que, con un ademán impaciente, se sacó la bufanda de su cuello y la tiró al suelo tras hacerla un ovillo.

-¡Esa maldita cosa me da calor! – exclamó mientras jadeaba y se limpiaba el sudor de la boca con el dorso de su "casaca".

Una vez que se apartó el brazo pude apreciar mejor su rostro, tenía la piel blanca como la leche y tenía sus facciones definidas de una manera muy sutil, tenía un muy buen aspecto al verla de perfil.

Ella se acomodó un mechón de pelo, que le cubría la mitad derecha de la cara y le llegaba hasta el ojo, y luego dirigió la mirada hacia mí, enfocando sus brillantes ojos azules en los míos.

-Has tenido suerte – me dijo ella mientras aún jadeaba por el cansancio – deberías de agradecerle al alcalde Morgorian, Ojos Grises.

-¿A quién? – pregunté confundido.

-El alcalde Morgorian – repitió ella – es el alcalde del Distrito 7, recientemente estuvo haciendo obras por allí para restaurar el viejo Bulevar de los Laureles Plateados...je...bastó que un día le diera por hacer una pequeña renovación en el Distrito para hacerte un favor ¿no crees?

Quizá lo que decía era cierto, pero en ese momento no me encontraba en condiciones para responder su afirmación, después de todo no sabía cómo funcionaban las cosas en la ciudad o que era lo que se colaba dentro, por lo que me limité a quitar la mirada de ella y dirigirla al cielo, era curioso, habían estrellas, pero parecían más como si fueran pequeñas bombillas colocadas debajo de un techo oscuro (ya estaba volviéndose negro).

Ella al parecer se percató de mi movimiento, ya que la escuché suspirar al lado mío al parecer hastiada.

-Pero, bueno – rompió el silencio que se había formado entre los dos – aún me queda saber una cosa ¿qué es lo que haces aquí? ¿Acaso no sabes que los Ojos Grises no son bienvenidos en Izerand? ¿Por qué entraste aquí?

Cuando dijo lo de los Ojos Grises volví y dirigirle la mirada, ya había dicho lo mismo hacía apenas un rato.

-¿Espera Ojos Grises? ¿Ize...qué? – Le pregunté confundido - ¿por qué me dices Ojos Grises?

Ella se acomodó y sacó del bolsillo de su "casaca" una especie de caja de polvos en forma de disco blanco y la abrió.

-¿Me vas a decir que no sabes lo que esto significa? – me preguntó mientras me tendía la caja, en el lado opuesto de la tapa había un espejo.

Lo tomé y me vi a través del espejo, me quedé atónito cuando lo vi, no podía creer que el rostro que estaba observando era el mío propio y no el de otra persona. Mi piel estaba de un color más claro, había perdido parte de su tono sonrosado y ahora era casi tan blanca como el rostro de la chica que me acompañaba, casi tan blanca como la leche; mi cabello, que hasta ese momento recordaba que era de un color castaño oscuro, ahora tenía un color más claro y rojizo, más parecido al trigo iluminado por el atardecer que a otra cosa, y mis ojos, que hasta el momento eran de color oscuro, ahora eran de un color gris pálido, casi cadavérico.

Tantee mi rostro y despegué la vista del espejo, sin lograr comprender cómo o qué me había ocurrido para haber cambiado de ese modo, volví a observarme en el espejo (sólo para confirmar de que no había sido una

ilusión) y luego me volví hacia la chica, ella al parecer había leído la sorpresa y la confusión en mi rostro, ya que me miraba con clara preocupación.

-No sé que sea lo que está ocurriendo aquí – le dije mientras meneaba la cabeza –y entiendo que quizás tengas preguntas, pero no tengo ni la más remota idea de qué me ha ocurrido.

Ella bajó la vista y luego la dirigió hacia un lado mientras mascullaba algo, finalmente dijo:

-Yo tampoco se muy bien que ocurre, pero este sitio no es seguro y nos tenemos que ir de aquí.

Tras eso se incorporó y me tendió la mano para que me levantase, una vez los dos en pie nos fuimos caminando por una calle lateral.

-¿A dónde vamos? – le pregunté.

-A mi casa – me respondió ella –allí me explicarás todo con calma.

Aún tenía dudas que aún estaban sin respuesta, pero estaba seguro de que iban a aclararse con el tiempo, por lo que la acompañé de buena gana hasta su hogar.

Capítulo 4

Capítulo 2

Cruzamos varias calles hasta que, tras algunas vueltas a pie, llegamos hasta el porche de la casa.

Era una bonita estructura construida con una especie de mármol blanco que aún era bastante visible gracias a las lámparas dispuestas en la acera. La fachada estaba ornamentada con unos agradables grabados que representaban bellas imágenes de delfines y aves que parecían nadar y volar libremente y sin impedimentos.

Un arco de entrada sobresalía frente a la fachada, dando inicio a una pequeña valla que separaba la casa de la calle, no era más que una bella estructura de mármol blanco cuyos apoyos estaban coronados de una especie de hiedra cuyas hojas exhibían unas bonitas flores, cuyos pétalos pasaban de un color violeta oscuro a un blanco lechoso a medida que se acercaba al corazón de la flor, el arco estaba igualmente grabado con imágenes de delfines que protegían nadaban a lo largo de la parte superior del arco, la cual era de bordes plateados, al igual que las imágenes eran del mismo color, era como si los hubiesen grabado en plata sobre el mármol blanco.

-Bonita ¿no...? – preguntó mi compañera al verme contemplar la fachada de su casa, al parecer estaba obviamente embelesado (¡cuando no!) por la imagen que tenía ante mis ojos – la compró mi padre cuando obtuvo su puesto como Director Curador del Archivo Metropolitano.

En ese momento una idea cruzó mi cabeza, al parecer el padre de ella era alguien importante o, por lo menos, su trabajo era importante, ya que la lógica me decía que no cualquiera podría costear una casa así.

Ella se adelantó y cruzó el arco de entrada, luego se dio la vuelta y me hizo una seña para que la siguiese. Lo hice, pasé por debajo del arco de entrada y vi lo que ocultaba éste y la valla que separaba la casa de la acera, aunque igual no sabía qué era un Director Curador o a qué se refería con lo de Archivo Metropolitano.

Tras la valla había un pequeño jardín lleno de curiosas plantas que exhibían frutos y flores de todos los colores y formas, unas eran verdes, otras amarillas, otras azules, vi una planta de flores color magenta y un árbol que daba unos frutos de color violeta y naranja, era un espectáculo curioso, aunque también era increíblemente bello.

Seguía observando extasiado el curioso jardín cuando de pronto mi

acompañante me habló, obligándome a desviar mi atención.

-Al parecer mi padre no está en casa – fue lo que me dijo – lo he revisado en el Registrador de Entrada, ha salido y aún no ha vuelto...o al menos no ha usado la puerta principal – agregó mientras asomaba una sonrisa en los labios.

No fui capaz de entender la broma, en su lugar, y de forma estúpida, se me ocurrió preguntar.

-¿Registrador de Entrada?

Ella por un segundo pareció confundida, hasta que empezó a reírse mientras se llevaba una mano al rostro, tampoco entendí que era lo que ella veía que fuera tan gracioso.

-Olvídalo – dijo haciendo un ademán con la mano, restándole importancia a lo que había ocurrido – mejor será que entres, no es bueno que te mantengas a la vista, y además adentro está más caliente.

Avanzamos hasta llegar ante la puerta de la casa, estaba echa de madera negra y tenía pintada vides blancas sin frutos, en su lugar exhibían unas flores blancas que brotaban a todo lo largo de las plantas. El picaporte tenía una forma bastante peculiar, se ubicaba en el centro de la puerta y la perilla tenía una forma alargada, como si hubiesen tomado uno de los picaportes que yo conocía y lo hubiesen alargado hasta parecer una especie de manija gruesa, aunque también tenía un aspecto un poco aplastado, parecía como si unos dedos la hubiesen aplastado y le hubieran dejado la marca de ellos [1], la puerta carecía de cerradura debajo del picaporte, en su lugar había un pequeño bombillo sobre una especie de cajita plateada, el bombillo emitía una lucecita verde de forma continua.

Mi acompañante sacó una especie de placa, como las que llevan los policías de Londres en sus cascos, y la acercó a la lucecita, la luz titiló, volviéndose por un segundo azul, la caja emitió un sonido que pareció un chapoteo eléctrico, y volvió a ser verde mientras la puerta sonaba por dentro, como si se descorriera una tranca.

Ella guardó la placa en su abrigo, giró el picaporte y abrió la puerta de su casa, yo entré detrás de ella. La casa estaba por dentro a oscuras, ella encendió las luces y pude ver el salón de entrada, adornado con tapices rojos con plumas pintadas de color dorado, había una puerta al fondo y otra en la pared contigua hacia la derecha, además de una escalera a la izquierda que describía un arco a medida que ascendía a la segunda planta. Ella me condujo por allí y, luego de subir la segunda planta, llegamos hasta su habitación.

Encendió la luz y observé el cuarto, era una pieza más bien pequeña, pero al mismo tiempo tenía un aspecto bastante acogedor, aunque curioso, como todo lo que había visto hasta el momento tras mi llegada a la ciudad.

Las paredes estaban tapizadas en papel azul marino, con olas pintadas encima de azur, lo que hacía que las paredes semejaran muros de agua, habían dos lámparas en la habitación, la primera era la que ella había encendido y colgaba del techo, tenía la forma de una flor que abría sus pétalos, paso al núcleo, que en este caso era la bombilla; la segunda era una lámpara de noche colocada sobre una mesa de noche junto a la cama, cuyo tope tenía forma de hexagrama[3], y que consistía en una bola brillante colocada sobre un soporte de metal negro, parecía una de esas bolas de cristal que se ven a las "adivinas" en las ferias.

La cama no era muy distinta de una cama normal, salvo de que se sostenía sobre cuatro patas con cuatro apoyos cada uno que eran similares a unos dedos grandes, parecían garras clavadas en el suelo de la habitación, tenía una manta azul tendida sobre un colchón blanco con una especie de patrón enrejado cuasi metálico.

Ella me condujo hasta el interior de la habitación y cerró la puerta tras de mí, luego dio dos palmadas, lo que me motivó a girarme hacia ella, un ligero calor empezó a sentirse en la estancia, en pocos segundos ya no se sentía el frío de allá afuera.

-He activado la calefacción de la casa – me dijo ella – mejor será que te quites esos abrigos, al menos que quieras sentirte como en un sauna.

En ese momento me percaté de que tenía puestos aún el abrigo de piel de oso, el cual yo llevaba durante la expedición a Groenlandia, se los había comprado a un vendedor ambulante francés el cual lo había adquirido de los esquimales. Era bastante bueno para viajar por los páramos del norte, pero no en ese momento en que en realidad hacía calor.

Me empecé a desprender del abrigo mientras la chica se acercaba a la única ventana que había en la habitación, desde allí se tenía una vista clara de las torres y edificios de la ciudad, las cuales ahora se habían convertido en un bello espectáculo de luces multicolores. Ella cerró la ventana y corrió las cortinas, luego se fue a la puerta, pasando junto a mí, la entreabrió y se asomó al vestíbulo antes de volver a cerrar la puerta.

Ya para cuando ella hizo todo eso ya me había desprendido del abrigo y andaba ahora en camisa blanca, luego me senté en la cama y empecé a desprenderme de las botas, ya que los pies me habían empezado a arder por el esfuerzo, era curioso, hasta ese momento no me había dado cuenta de lo agotado que estaba, ni de lo mucho que iba a desear un muy buen

descanso.

La chica se acercó a mí y sentó cerca de mí sobre una moqueta, la cual tenía forma de hexagrama de color naranja y tenía un vórtice negro bordado en el centro. Luego de que me desprendí de las botas dirigí mi atención hacia ella, mientras me observaba atentamente con sus ojos color lapislázuli.

-Supongo que no nos hemos presentado como es debido – me dijo ella sonriendo – con la confusión no hemos tenido tiempo. Soy Annize, AnnizeVantra – se presentó mientras me tendía la mano, alargué la mía hacia ella y nos las estrechamos.

-Yo soy Jonathan – me presenté – Jonathan Derby.

Ella alzó un dedo frente a mí y metió la mano en el bolsillo interno de su "casaca", de allí sacó una especie de librito empastado en negro, el cual abrió y sacó de él una estilográfica que parecía hecha de cristal azul. Luego volvió a mirar hacia mí.

-Disculpa la pregunta – me dijo – ¿cómo se escribe tu nombre?

Por un momento me quedé un tanto extrañado por su pregunta, pero entonces recordé que ya no estaba en Inglaterra, y que las cosas eran demasiado distintas a lo que yo conocía, era probable que ella supiera menos del mundo que yo conocía que yo del mundo que ella conocía.

-Se escribe como se escucha – le expliqué – solo que empieza con jota, y en la última sílaba hay una hache intercalada.

Ella pareció entender mis indicaciones, pero aún así alzó el librito y me mostró la página en la que anotaba para que viese mi nombre y le dijera si estaba bien escrito, una vez que vi que si lo había escrito bien (con la extraña lengua que había notado hace rato a la gente de la ciudad) puso el librito sobre sus piernas mientras giraba la estilográfica entre sus dedos.

-Bien, al menos es menos enredado que muchos de los nombres que he escuchado de los Ojos Grises – comentó en voz baja, antes de hablar un poco mas seria – mira, se que es repentino, pero ahora necesito hacerte unas preguntas, una vez que termine podré aclarar cualquier duda que tengas ¿está bien?

Aún no se habían aclarado mis dudas, pero igual me pareció un trato justo, así que accedí. Empezó por preguntar de donde venía y qué hacía antes de terminar en la ciudad, le conté que era de Inglaterra y que era arqueólogo junto a mi padre, le conté rápidamente lo que había ocurrido antes y durante la expedición a Groenlandia, tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no echarme a llorar mientras relataba

como Alfredson (al que me limité a decirle "nuestro compañero sueco", no preguntes porqué) asesinaba a mi padre frente a mis ojos, concluí contándole como fue que me zafé de él y cómo luego, sin razón aparente, terminé en la ciudad.

Ella terminó de anotar y después revisó el librito, luego lo cerró y pareció pensar por un rato mientras se presionaba la estilográfica bajo el mentón. No dije nada, sabía, o al menos creía saber, que ella estaba tan confundida como yo.

-Curioso – dijo por fin en voz baja – bastante curioso.

Suspiré sonoramente, ella ya tenía sus respuestas, pero yo aún no tenía las mías, aún no sabía bien dónde estaba, cómo había terminado allí o porqué tenía los ojos grises, aunque la había disimulado hasta el momento, me estaba empezando a impacientar la situación. Volví a suspirar, miré hacia ella y le hablé.

-Disculpa, aún no me has dicho dónde es que estoy, y ya he contestado tus preguntas, lo justo es que respondieses las mías.

No era mi intención sonar impaciente, pero un poco de ese tono se asomó cuando le hablé a Annize, ella me miró contrariada por un momento, desvió la mirada y suspiró antes de contestarme.

-Si – dijo mientras volteaba hacia mí – creo que mereces saber donde estás.

Se acomodó en su "asiento", carraspeó y puso su librito a un lado junto a la estilográfica.

-Estás en Izerand, La Ciudad de Hielo.

-¡Izerand! – exclamé en voz baja, recordando que ella había mencionado ese nombre hace poco.

-Al parecer entraste aquí por accidente – continuó – lo cual es curioso, eres la primera persona a la que le ocurre algo así, al menos que haya conocido antes.

-Espera – le abordé confundido – ¿ya te has encontrado con otras personas? ¿Con personas en mi situación?

-¿Hablas de Ojos Grises? Sí – me contestó – me he reunido con varios – dijo mientras daba unas palmadas a al librito – pero ninguno, que yo sepa, ha entrado aquí por casualidad, todos han querido entrado de

manera voluntaria...aunque no les sirve de nada quedarse.

-¿Por qué? – pregunté.

-Porque los Ojos Grises ya no son bienvenidos en Izerand – me respondió.

Quise preguntar más, ya que aún no sabía porqué los que llegaban a Izerand tenían los ojos grises y porqué ya no eran bienvenidos, pero justo en ese momento sonó una puerta abriéndose y cerrándose de manera brusca en la planta de abajo, lo que me hizo dar un respingo. Pero escuché con atención y me di cuenta de que, quien fuera que había entrado, llamaba a Annize a voces y lo hacía en un tono amistoso.

-¡Oh, rayos! – Exclamó ella entre dientes y en voz baja para que no la escucharan – es mi papá, de seguro que vuelve del trabajo.

Se levantó del suelo y se acercó a mí, estaba tan cerca que sentía su respiración junto a mi cara.

-Escucha – me susurró – voy a bajar, ya que es seguro que mi papá llegó con hambre y no sabe cocinar. Te explicaré luego todo, pero vas a tener que esperar aquí sin hacer ruido ¿de acuerdo?

Asentí y ella sonrió, luego se fue hasta la puerta y salió por ella al pasillo. Yo me quedé en la habitación y me recosté sobre la cama, sin ser capaz de entender lo que me había dicho Annize, pero haciendo mi mejor esfuerzo por entenderlo.

Permanecí recostado en la cama aún dándole vueltas a la situación, me sentía como si ondearan un abanico frente a mi rostro en mitad de una nube de humo, no me era posible entender y procesar lo que me estaba ocurriendo, los hechos revoloteaban en mi cabeza como si fueran mariposas, sin ser yo capaz de alcanzarlos.

No sé porqué, pero en ese momento empecé a recordar a mi padre, a la persona más sabia que conocía, aquel hombre que había sido tanto como un buen maestro y un padre excelente, aquel hombre que me había conducido a los más curiosos y lejanos rincones del mundo para conocer hallazgos que eran capaces de cambiar la historia por completo solo con su hallazgo, aquel hombre que me felicitaba cuando lograba un avance importante en alguna investigación, como pasó una vez en la India en que

mis pesquisas ayudaron a encontrar una reliquia valiosa que había pertenecido al mismísimo emperador mogol Akbar; también aquel hombre que me reconfortaba cuando, por el contrario, mis indagaciones no conducían a nada, como ocurrió una vez en la que dediqué dos años de mi vida a una investigación inútil sobre el origen de Stonehenge.

¿Él habría sido capaz de dar una respuesta a lo que iba a ocurrir? No lo sabía, no era tampoco algo seguro...y nunca lo iría a saber, nunca. Me llevé las manos al rostro y fue entonces que empecé a sollozar, sollozos que fueron acompañados por las lágrimas que salían de mis ojos, y como si fuera un niño empecé a llorar, lloraba de la tristeza, lloraba por la pérdida...lloraba por mi padre asesinado.

No había llorado así en mi vida, no desde el día en que había muerto mi madre. En aquella época vivíamos en Gales, en mi ciudad natal: Cardiff, mi madre también era de allá y vivíamos tiempos bastante felices en aquella época, debido al puesto de mi padre como decano del Hermitage, cuyo salario hacía que nuestras vidas fuesen placenteras.

Pero mi madre enfermó cuando cumplí los seis años, los médicos nos dieron la mala noticia, tenía tuberculosis, y ya estaba avanzada. En esos días soñaba y esperaba que mi madre se curara, por supuesto no sabía en aquel tiempo que el tener tal enfermedad era una sentencia de muerte segura e inevitable.

La última vez que la vi con vida ella me mandó a llamar, estaba tendida en su cama, lánguida y pálida, sus ojos estaban ojerosos y estaba demacrada, pero aún así sonrió cuando me vio entrar a la habitación donde dormía.

-Ven, Jonathan – dijo con su voz suave, aunque se oía débil – acércate para que te pueda ver.

Me acerqué a su lecho y me coloqué junto a ella, ella empezó a acariciarme de manera amorosa la mejilla, sus ojos se humedecieron cuando se encontraron con los míos.

-Sé que estás preocupado por mí – me dijo – ojalá pudiera vivir más, nada me gustaría más que seguir contigo, pero tristemente no me es posible, ya no me queda mucho tiempo, pero debes saber que aún puedes seguir adelante, las cosas ocurren por una razón, aunque quizás nos sean desconocidos.

Ella empezó a toser y se incorporó débilmente en la cama, yo cada vez me preocupaba cada vez más, no quería que ella muriese, no ahora, quería que ella continuase viviendo, que siguiese conmigo. Ella se dejó caer

sobre el colchón y tiró el pañuelo donde acababa de toser.

-Jonathan, sabes que tu padre estará contigo de aquí en adelante, no vas a estar solo, sabes que él estará contigo.

-Pero yo...no quiero que te vayas – le dije sollozando – quiero que estés conmigo.

-No lo estarás – dijo tomando entre sus dedos un reloj de cadena hecho en bronce que colgaba de mi cuello, era una vieja bagatela que me había regalado en un viaje a Londres – recuerda que nunca te dejaré solo, allí donde vaya no te dejaré solo, solo recuerda todo lo que he hecho y recuerda como ha sido tu madre. El recuerdo de una madre siempre permanecerá en su hijo, ya que uno siempre es parte del otro. Recuérdalo, hijo.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la camisa y le respondí con la voz quebrada.

-Lo haré, mamá.

Ella volvió a sonreír mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas, tendió los brazos hacia mí y me dio un abrazo tan fuerte como sus fuerzas se lo permitían, yo le correspondí el abrazo aún llorando.

-Te quiero Jonathan, mi pequeño caballero – ella me solía decir así, en mis años de infancia tenía la fantasía de ser como los caballeros, como los de la Mesa Redonda, solía escuchar y leer esas historias a menudo.

Dos días después, a las tres y media de la tarde, mi madre falleció, lo recuerdo porque ese día había dejado caer el reloj de mi madre sobre una piedra al enterarme de su muerte, y desde entonces el reloj se detuvo en las tres y media de la tarde. Fueron los días más tristes de mi vida, lloraba como loco en mi habitación cuando llegaban las noches, tanto que a veces llegaba a no dormir.

En esos días yo siempre estaba de mal humor, y varios chicos de mi cuadra se metían conmigo por ser un llorón, de hecho un par de veces me caí a puñetazos con algunos de ellos. Mi padre se preocupó por mí y decidió llevarme a uno de sus viajes a Egipto, para que así pudiera concentrarme en otra cosa y pudiera dejar atrás la amargura.

Y funcionó, me sentí muy a gusto con el viaje, empezó a gustarme lo que hacía mi padre, al final me fascinó la idea de desentrañar el pasado para que la gente en el presente fuese capaz de verlo, desde aquellos días desee ser también un arqueólogo como mi padre.

Pero jamás me imaginé que fuera un día en una expedición en el que asesinarían a mi padre. Había ya soltado las lágrimas por mi padre y me las estaba secando con el dorso de la camisa, saqué de debajo de ella el viejo reloj y lo chequee, todavía tenía su color bronceado, ya que siempre le hacía mantenimiento periódico, y seguía marcando la tres y media.

Guardé el reloj y me incorporé en la cama, echando una nueva ojeada a la habitación, me di cuenta entonces que Annize había dejado sus anotaciones en el cuarto, me preguntaba que era lo que ella estaba anotando ahí, aunque por un momento dudé de revisar sus apuntes, ella me había dado un refugio de los que llamaba "Vigilantes", por lo que no me pareció muy cortés hurgar en sus cosas.

Pero la curiosidad pudo conmigo, pensé que una ojeada no le haría ningún daño. Así que me levanté de la cama, tomé el libro negro del suelo y lo abrí en la primera página, la cual ponía "Investigación Sobre los Ilegales (Ojos Grises) Perseguidos por las Autoridades Urbanas de Izerand". Lo demás eran pequeños apuntes sueltos, sólo algunos formaban una frase entera, habían varios nombres escritos, algunos eran claramente europeos, otros parecían ser nombres de otras partes del mundo.

Había tenido un amigo que había sido periodista, él me había explicado que en su trabajo, cuando entrevistaba a alguien, solía anotar en su libreta solo lo más importante y relevante, así ahorrraba hojas y no pasaba horas escribiendo. Mientras leía se me hacía en la cabeza la idea de que Annize debía de ser periodista o reportera de algún periódico.

Continué leyendo hasta la última página escrita, la mía, en la que solo anotó "Jonathan Derby, arqueólogo, Inglaterra", "expedición en Groenlandia", "Corona de Shetland", "traicionado por el sueco" "llegó a Izerand sin saber". En ese momento recordé a la Corona de Shetland, me pregunté si ella tenía algo que ver con mi llegada a la ciudad.

Fui hasta mi bolso y lo abrí para buscar la Corona, la encontré en el fondo junto a mi cuaderno de viaje, la saqué y la revisé. Estaba tal cual como la había metido en mi bolso, con sus mismas piezas intactas y describiendo sus bellas curvas, seguía siendo una pieza magnífica. Puse la Corona a un lado y tomé mi diario de viaje, necesitaba recordar todo lo que había ocurrido antes de la expedición, ya que, si mi memoria no me fallaba, el profesor Alfredson tenía los mismos ojos brillantes que el resto de la gente de Izerand, además que él demostró un gran interés por hacerse con la Corona, por lo que concluí que Alfredson, la Corona e Izerand tenían relación entre sí, aunque aún me faltaba averiguar en qué.

Abrí mi diario y ojee las páginas, pero cuando empecé a leer mis anotaciones me di cuenta de que se me hacía pesado hacerlo, tenía que hacer un cierto esfuerzo para entender lo que decía, como si estuviese leyendo en una lengua extranjera que conoces pero de la que no estás

acostumbrado, pero no tenía sentido, ya que se suponía que todo estaba escrito en inglés, mi lengua materna.

Miré los apuntes de Annize y los comparé con los míos, los de ella estaban escritos en otro idioma, con apenas similitudes con el inglés o con otras lenguas que yo conociera, y sin embargo leerlos era para mí tan fácil como leer un libro de texto, mientras que intentar leer en mi propio idioma resultaba tedioso hasta el punto que tenía que hacer una pausa para leer una frase de la que no recordaba el significado.

¿Cómo era posible que una lengua totalmente nueva para mí fuera tan fácil de entender mientras que mi lengua natal se me hacía difícil siquiera leer? Aún estaba confundido y no lograba explicarme lo que estaba pasando, desde mi llegada a Izerand me estaban pasando muchas cosas y no le encontraba explicación alguna de porqué.

De repente recordé algo, yo aún hablaba en inglés, y Annize cuando me hablaba lo hacía en inglés, pero ¿cómo sabía la gente de Izerand hablar otro idioma? ¿Lo aprendieron de otros Ojos Grises, los que visitaron Izerand antes de mí, cuando aún eran bienvenidos? Tenía que buscar a Annize y exigirle respuestas, ya estaba harto de estar sin respuestas que ahora mismo necesitaba, desde que había llegado no había recibido ninguna. Así que puse mi diario y el libro de Annize sobre la cama, salí del cuarto y bajé al primer piso.

Capítulo 5

Capítulo 3

Descendí por la escalera con cuidado de no hacer ruido, no sabía porqué Annize querría evitar que su padre se topara conmigo, pero no era excusa para ser indiscreto, al menos eso pensaba en aquel momento. Como andaba descalzo mis pasos apenas hacían ruido, pero igual bajé con cierta lentitud, asegurándome de que pisaba con las plantas de los pies.

Finalmente bajé el último escalón y ya estaba en el salón de entrada adornado con sus tapices rojos con sus respectivas flores doradas pintadas encima, sabía que además de la escalera había dos puertas...tres contando la de entrada, una se encontraba en la pared del fondo, casi frente a la puerta de entrada, la otra estaba en una pared lateral frente a donde empezaba la escalera por la que acababa de bajar.

En ese momento me pregunté dónde era que estaba Annize, me fijé en las dos puertas y noté que una de ellas estaba entreabierta, además de que junto a ésta había una percha de la que colgaba la "casaca" azul de Annize, supuse que si se había ido a algún lado sería por allí, así que empecé a caminar hacia la puerta y la abrí por completo.

Tras ella había un pequeño corredor austeramente adornado con empapelados blancos en las paredes, con bordes florales de color azul claro, había una puerta al fondo y otra puerta en la pared lateral derecha, a sólo un metro de donde me encontraba. Avancé por el pasillo con sumo cuidado hasta llegar a la puerta del costado, la puerta estaba entreabierta y, desde dentro, se escuchaban voces que hablaban acaloradamente entre sí, una era femenina y sonaba como la de Annize, la otra era masculina, sonaba bastante grave y potente.

Me acerqué a la puerta entreabierta, sujeté su curioso picaporte y empujé la puerta con suavidad, hasta que fui capaz de asomarme a lo que estaba tras ella, adentro había un salón circular de paredes combadas, adornadas éstas con un empapelado dorado que resaltaba gracias a la luz anaranjada que desprendía una lámpara de cristal carmesí que colgaba del techo.

En el centro, bajo la lámpara, estaban sentados, alrededor de una mesa redonda, dos personas que seguían conversando con clara preocupación, una de ellas estaba de espaldas, pero reconocí su cabello azul, ahora recogido con una cola blanca, y el timbre de su voz, melodioso pero siempre cortado por respuestas cortas y a veces terminantes, como si fuesen las cuerdas de un violín sonando con medias-notas. Era Annize, la cual por su voz parecía tensa y preocupada.

Frente a ella estaba un hombre de estatura mediana, el cual aparentaba tener como unos cuarenta años, trataba de mostrar despreocupación, pero que se le notaba una creciente y patente inquietud en sus facciones ligeramente bruscas, inquietud que intentaba no contagiar a su interlocutora. Vestía con un saco marrón viejo prendido con un sello metálico que representaba un búho, el abrigo iba sobre una camisa negra bordada en blanco, tenía el cabello azul marino, más oscuro que el de Annize, pero tenía los mismos ojos color casi-azur. Había algunas características de su rostro que recordaban a las del rostro de Annize, por lo que concluí que él no era otro sino su padre.

-...y así es como marcha la situación en El Archivo – decía el hombre –ahora están dándole vueltas y vueltas a todos los documentos almacenados con tal de que no salga “material peligroso”, pero yo ya sé que es que buscan deshacerse del material que pueda involucrar al nuevo Líder.

-Tú y al parecer todos tus colegas –le contestó Annize – pero al parecer no les molesta o no se atreven a decir algo en contra, y tomando en cuenta lo que se dice de Los Carabineros o de La Milicia, la verdad es que no me sorprendería que todos actuaran así.

-Bah...me parece rebuscado esa creencia de que decir algo sobre el Líder Dariun o sobre su gestión o sobre su ridículo copete te valga una estancia en prisión – dijo el hombre restándole importancia con la mano.

-Pero a lo mejor piensan ¿para qué arriesgarse? – Concluyó ella antes de continuar – así que, la situación dentro del archivo es ahora complicada, pero ¿cómo eso te involucra?

-Pues hay un pequeño problema, hija. Los Agentes de Inspección de Contenidos ahora van a hacer un chequeo de personal a todos los que trabajen en El Archivo...y yo estoy de primero en su lista.

Un sonido tintineante acompañó al silencio de Annize, como si hubiese dejado caer una cuchara sobre un plato de porcelana, que de hecho, pudo haberlo hecho, aunque me era imposible verlo estando ella de espaldas.

-¿Cómo dices? – preguntó ella.

El hombre le restó importancia al asunto con un gesto de la mano.

-No es nada – contestó –sólo con suerte me van a hacer perder tiempo, sabes que no tienen por lo cual me pueden acusar.

-Si no te pueden acusar de nada ¿porqué estás de primero en su lista?

El hombre se reclinó en su silla y apartó la vista hacia un costado.

-No estoy seguro – fue lo primero que dijo –pero creo que tiene que ver con los Archivos que he Liberado para el conocimiento público, creo que un par causó algo de...incomodidad a algunos dignatarios de la ciudad, como el Parlamentario Losirion.

-¿iEse imbécil chupamedias!? ¿Cómo Los Agentes de Inspección pueden preocuparse por los sentimientos de ese tipo?

El hombre empezó a reír ante el comentario de su hija y le dirigió la mirada.

-En serio, niña, con comentarios como esos no me sorprende que te apreciaran en el Eco Tintineante.

Ella soltó un gruñido débil ante el comentario de su padre, éste se incorporó y apoyó los brazos en la mesa, adoptando una expresión más seria, miró a su hija fijamente.

-Pero ya hablando en serio – comenzó a decir –no creo que lo hagan por el Parlamentario Losirion o por algún otro tipo rico ofendido, han estado desde hace por lo menos un año, un poco después de que Dariun tomó el poder, haciendo indagaciones sobre mi persona, están seguros de que mis ideas chocan con las del nuevo Líder Urbano (lo cual no es inexacto) y por ello están empeñados en perjudicarme a mí y a las personas que me rodean...y que, por supuesto, no simpaticen con Dariun.

-Pensé que no creías que los rumores sobre Dariun fuesen verdad – afirmó Annize.

-No creo en ellos – contestó él – pero temo que puedan ser verdad.

-¿Cómo puedes temer a algo que no crees sea verdad?

-Temer y creer no son lo mismo, no importa que digan lo contrario, se puede temer a algo en lo que no crees y, a veces, puedes dejar de temerlo cuando lo ves como un hecho. Al menos así lo pienso.

-A mí me parece un poco rebuscada esa reflexión – confesó ella – pero creo que más o menos entiendo lo que tratas de decirme, no crees que pueda ser cierto, pero ¿para qué arriesgarse?

-Pongámoslo de ese modo... – empezó, pero se interrumpió a medio camino cuando se fijo hacia donde yo estaba, me había visto.

Se levantó de la silla y rodeó la mesa, llegando hasta la puerta a una velocidad notoria, apenas me dio tiempo de apartarme de la puerta. En lo

que me pareció un segundo terminó de abrir la puerta y me jaló al interior del comedor circular, estampándome la espalda en una pared mientras me observaba fijamente con una combinación de enojo y sorpresa, en ese momento me encontraba confundido ante aquel suceso y no intenté hacer nada para zafarme, el hombre era más fuerte que yo.

-¿Se puede saber quién rayos eres tú y cómo entraste aquí? – me interrogó presionándome el pecho con el antebrazo, limitando mi respiración.

Me costó un poco reaccionar, durante el cual empecé a balbucear tratando de decir algo, aunque ni yo mismo era capaz de entender lo que sea que intentara decir. El hombre seguía observándome fijamente, escrutando la expresión en mi rostro, de pronto pareció percatarse de algo, ya que vi como arqueaba las cejas y su sorpresa empezaba a opacar el resto de las emociones impresas en su rostro.

-¿Un Ojos Grises? – preguntó él murmurando, revelando lo que había notado.

-Yo...discúlpeme – le dije una vez pude poner mis pensamientos en orden – acabo de llegar aquí y no se nada...

El hombre se apartó al dar un respingo hacia atrás, la sorpresa se había adueñado de cada una de las facciones de su rostro, parecía como si se hubiese topado con un fantasma. Se dio la vuelta hacia Annize, que se había levantado de la mesa y se encontraba ahora a su izquierda, a pocos metros, ella parecía preocupada y alarmada, toda la situación parecía ir de mal en peor.

-Annize ¿qué demonios pasa aquí? – Le interrogó el hombre a ella - ¿porqué es que este Ojos Grises puede hablar nuestro idioma?

¿Su idioma? Creía que estaba hablando en inglés, no en la lengua de Izerand. Cuando hablaba, hablaba como si hubiera conocido la lengua desde toda mi vida, las palabras llegaban inconscientemente a mi cabeza antes de que mi boca fuese capaz de pronunciarlas ¿cómo no podía ser sino mi lengua materna? ¿La lengua que había hablado toda mi vida? Y sin embargo me estaban diciendo que estaba hablando una lengua que ni siquiera había conocido o hablado nunca, que ni siquiera sabía que existía.

-Pero lo más importante, chica – continuó el hombre con sus pesquisas - ¿cómo fue que entró aquí?

Annize bajó la vista y lanzó un largo suspiro, luego volvió a alzar la vista hacia el rostro de su padre, severo a pesar de la confusión que

obviamente sentía.

-En cuanto a cómo entró aquí, fui yo la que lo trajo – contestó ella, el hombre abrió aún más los ojos y los dirigió un segundo hacia mí, antes de concentrarse de nuevo en su hija – los dos escapamos por los pelos de una pareja de Vigilantes, decidí llevarlo hasta acá para resguardarlo mientras todo se aclara.

El hombre me observó de reojo con desconfianza y confusión.

-En cuanto a por qué puede hablar en nuestro idioma: aún no lo sé – continuó diciendo ella, todos insistían en decir que hablaba en la lengua suya – sin embargo estoy segura de que él es un recién llegado, y no creo que esté tratando de mentirnos.

El hombre se acercó y me observó de pies a cabeza, me escrutó con atención e interés. Tras un rato me tomó de los brazos con fuerza y acercó su rostro al mío, sentía su aliento en la nariz y sus ojos color azul brillante parecían penetrarme el alma a través de los míos como si fueran punzones.

-¿Cuál es tu nombre? – me preguntó.

-Jonathan – le respondí lenta y débilmente por los nervios.

-Dime una cosa, Jonathan ¿alguna vez has pensado que la supervivencia es más importante que la nobleza?

Negué con la cabeza ante su interrogante.

-¿Estás seguro? – Volvió a inquirir, agregando – Recuerda que hay hombres que anteponen la supervivencia personal al bienestar colectivo, aún cuando la base del desarrollo surge de la supervivencia colectiva, porque el desarrollo nunca se logra en solitario.

“Por lo que te vuelvo a preguntar ¿has priorizado tu propia supervivencia a la nobleza?”

Miraba a aquel hombre que me interrogaba mientras pensaba bien en todo lo que preguntaba. Siempre había sido una persona solitaria, por lo que nunca tuve muchos amigos o personas de confianza, pero jamás había dejado atrás a esas personas que se ganaban mi amistad, para mí esos pequeños círculos de amigos eran algo casi tan sagrado como mi familia, ya que quién le cuesta tener amigos sabe cuando reconocer una amistad verdadera y cuánto valorarla.

Tomé aire y con toda convicción le respondí con voz clara.

-No, jamás. Ni tampoco pienso hacerlo nunca.

-Recuerda que quien traiciona comete la mayor de las ofensas, tanto para él como para quien lo rodea, y quién lo hace se corrompe desde el alma ¿estás consciente de ello?

Ya pillaba lo que él trataba de decirme con eso, más igual ya tenía mi respuesta lista y no cambió un ápice.

-Soy consciente de ello – le dije tajantemente.

El hombre siguió observándome por un rato, en ese momento vi como se le dibujaba en sus labios una media sonrisa. Luego me palmeó los hombros, en ese momento me percaté de que me había sometido un sujeto que era más pequeño que yo, aunque era más fornido de lo que yo era en ese momento.

Me soltó y volteó hacia Annize, la cual aún observaba la escena entre atónita y preocupada.

-Hija, prepara un lugar en la mesa, si este muchacho va a explicarnos las cosas que sea mientras cenamos – giró hacia mí – joven Jonathan ¿no le interesa quedarse a cenar con nosotros?

Poco después estaba cenando con Annize y su padre (el cual se presentó como MazdenVantra) en la mesa del comedor circular. Le expliqué toda la historia, desde cómo había ido a parar a Izerand hasta cómo me había encontrado con Annize, aún tenía muchas dudas sin respuestas, pero me di cuenta de que ni Annize ni su padre podrían brindar alguna explicación. La idea era agobiante, pero no podía hacer nada al respecto.

La cena fue copiosa y abundante, más de lo que por lo general estaba acostumbrado, más también es cierto que en aquel momento no me era posible decir qué era lo que estaba comiendo, sólo puedo decir que constaba en mayor parte en vegetales, había muy poca carne, sin embargo los vegetales tenían formas bastante extrañas (unos parecían unos espárragos amarillos doblados sobre sí mismos creando ovillos, otros asemejaban a alguna especie de lechuga de color verde azulado y con forma de girasoles, otros eran una especie de patatas de color marrón rojizo y que al verlas parecían más bien piedras), y la carne tenía sabores que, si bien eran agradables al paladar, me resultaban extraños y

desconocidos.

La conversación seguía girando alrededor de mí y de mi llegada a Izerand, luego de que expliqué todo lo que me había ocurrido hasta el momento, el señor Vantra continuó haciendo preguntas acerca de mí y de los hechos que rodeaban mi llegada.

-Dices que no sabes cómo fue que llegaste ¿verdad? – preguntó el señor Vantra.

-Así es – le respondí – yo solo recuerdo que estaba cayendo hasta el interior de la cueva mientras el sueco, del que ya le hablé, me observaba desde la entrada...lo siguiente que recuerdo es que acabé en mitad de un callejón, por un momento creí que estaba en alguna parte de...de mi país, pero tras un rato me di cuenta que no era así.

-¡Hm! – meditó mi interlocutor –debiste de entrar por una de esas Puertas de Escarcha.

-¿Puertas de Escarcha? – pregunté sin saber de qué hablaba, me confundía que usara un término tan extraño.

-Es el nombre que ponen los Ojos Grises a los portales para entrar a Izerand – me explicó Annize–aunque los nombres suelen variar en cada uno de los relatos de los Ojos Grises. Igual todos van a ir a lo mismo, son la puerta que conduce a Izerand desde algún punto del Plano Opuesto.

-¿Plano Opuesto? – volví a preguntar. Annize dejó caer su tenedor de la mano que lo sujetaba sobre su plato, mirándome con un deje de fastidio y frustración.

-Ani, cálmate – le dijo sonriéndole el señor Vantra dándole unas palmaditas en el dorso de la mano, luego dirigió su mirada hacia mí –le dicen así al lugar de proveniencia de los Ojos Grises, es el término más aceptado, ya que se cree que los Ojos Grises vienen de un plano alternativo al nuestro, lo que ha llevado a un montón de teorías, bastante interesantes en realidad...

-Y que ahora no es momento de recordarlas – le cortó Annize con cierta impaciencia, su padre la observó contrariado de reojo, pero decidió continuar en silencio –es bastante curioso que entrases por una Puerta de Escarcha por accidente, de hecho, que yo sepa, esas cosas no han ocurrido nunca antes.

-Además que aún no sabemos cómo es que puede hablar y entender nuestro idioma – comentó el señor Vantra – sabiendo que este muchacho

apenas llegó a Izerand.

-Créanme que estoy tan intrigado como ustedes a causa de ello – les dije mirándolos a los dos, y decía la verdad – precisamente lo que más deseo son respuestas, porque desde que entré aquí no he tenido más que dudas.

Ellos dos se observaron por un momento, como si uno quisiera saber la opinión del otro y viceversa, terminaron por encogerse de hombros y mirar hacia donde me encontraba sentado.

-Ojalá pudiéramos darte alguna – dijo por fin Annize – pero ahora no nos es posible.

-Si, eso temo – ya me sentía desesperanzado por ello.

-Pero supongo que todo se aclarará con el tiempo – afirmó el señor Vantra – mientras tanto ¿Qué tal si terminamos de cenar y luego dejamos dormir a nuestro nuevo amigo en casa por esta noche? O acaso nos va a decir que no puede quedarse.

De hecho no tenía algún otro sitio donde quedarme, y así mismo se lo dije al señor Vantra. Él se lo tomó como si hubiese aceptado quedarme.

Poco después estaba recostado en la cama del cuarto de invitados, la cual no era otra sino la habitación donde fui interrogado por Annize sobre mi entrada a Izerand. Me había preguntado antes de mi encuentro con el señor Vantra porqué Annize no quería que me topara con él, luego de ver como me sometió y me interrogó en el comedor pude entender perfectamente la razón, me convencí desde esa noche de nunca intentar provocar a aquel hombre.

Sin embargo me era imposible dormir, las dudas y preguntas aún rondaban mi cabeza y me mantenían despiertos, la noche se me estaba haciendo más larga de lo acostumbrado, y daba vueltas sobre el colchón tratando de acomodarme, más los párpados se negaban a cerrarse.

Fue mientras trataba de acomodarme de lado para ver si lograba dormir cuando escuché que la puerta de la habitación se abría, cuando me giré me di cuenta de que no era otra sino Annize, la cual estaba envuelta en una bata blanca de dormir y tenía el cabello desordenado. Se acercó a mi cama y una vez que estuvo lo más cerca posible se acuclilló a mi lado.

-¿Sigues despierto? – me preguntó.

Pude haberle repicado algo por hacer una pregunta tan ridícula (porque sino hubiese volteado hacia ella al escucharla si no estuviera despierto), pero me abstuve de hacerlo y me limité a asentir con la cabeza. Ella encendió la lámpara que estaba en la mesa de noche, iluminándose su blanco rostro, sus ojos azul profundo y sus cabellos celestes, acercó su rostro al mío, mirándome fija y atentamente.

-Escucha, Jonathan – empezó diciendo –ya sé por lo que has pasado, no diré que te entiendo porque se que no será verdad hasta que me pase algo así, pero me hago una idea de lo que ahora debes estar pasando.

No tenía ni idea, pero tenía razón, para entender de esas cosas tenía que pasar por todo lo que yo había atravesado, por lo que le dediqué un asentimiento.

-Sin embargo – continuó –creo que debo decirte algo importante, y creo que no te va a gustar.

-Si tienes algo que decirme, dilo ahora, no quiero que me dejes con alguna otra duda – le dije motivándole (o quizás exigiéndole) que me dijera lo que debía decir.

Ella bajó la vista y tomó aire, suspiró y alzó de nuevo la vista hacia mi rostro. Parecía que quería decirme algo importante.

-No podemos mantenerte en esta casa – escupió por fin – no más que por esta noche.

Debo decir que aquello si que me tomó por sorpresa, lo último que me esperaba era escuchar algo así por parte de Annize que me había conducido hasta allí, no parecía haber mucho sentido en aquella decisión.

-¿Por qué? – Le pregunté - ¿por qué no me puedo quedar en su casa?

Me apoyé sobre el codo en el colchón, quedando mi rostro a la misma altura que el de ella. Ella observó la lámpara, como si pensara lo que me iba a decir, y luego volvió a fijarse en mí.

-Es por mi padre – respondió.

-No creo que a tu padre le moleste mi presencia...

-No lo digo por eso – cortó ella – sé que si es por él, podrías quedarte todo el tiempo que quieras en casa y no dudaría en compartir su comida

contigo, así es él.

Ella tomó aire antes de continuar explicando todo.

-Mi padre está siendo sometido a una investigación, por parte de Los Agentes de Inspección, creo que están buscando que lo echen del trabajo y buscan una buena excusa para hacerlo.

Yo al escucharlo asentí, había escuchado eso en la conversación que tenían en la mesa, y de hecho creo que hablaron de eso después de comer. Ella notó mi asentimiento y, por ello, se ahorró de contarme los detalles que yo ya conocía.

-Pues es bien sabido que si con alguien es prácticamente imposible mancillar su nombre, es a mi padre – afirmó ella con una mezcla de convicción y de orgullo, pero con un poco de preocupación – él quizá no sea perfecto, pero es la persona más íntegra entre los que trabajan en el Archivo, y se ganó el puesto de Director Curador gracias al respeto de sus compañeros.

“Por lo que en general no podrían hacer mucho, cualquiera a quién interroguen por mi padre les diría cosas buenas o aceptables sobre su trabajo, si acaso unos pocos envidiosos tratarán de decir algo malo, más sus comentarios pasarían de poco imparciales, por ponerlo un nombre bonito, y lo desestimarían. Por ahí no tendrían muchas excusas de peso para quitarle su puesto, mucho menos su trabajo.

“Pero en cambio ¿y si se enteraran de que hay un Ojos Grises viviendo en su casa? ¿Qué come con él y duerme en la habitación de huéspedes? Con la nueva política del Líder Urbano tendrían la excusa perfecta, si se enteran podrían quitarle el trabajo a mi padre o...o algo mucho peor.”

Me quedé unos segundos en silencio antes de decir algo.

-¿Qué podría ser peor? – Pregunté.

Ella carraspeó y me observó con alarma, se veía que realmente temía por algo.

-No es algo que me crea al cien por cien – me dijo – pero por lo que dicen, parece que Dariun está proponiendo en la Asamblea de Izerand...que se apruebe de nuevo el fusilamiento público.

Definitivamente aquello me tomó por sorpresa, aquello ponía la hacía a la situación aún más peligrosa de lo que creía, el panorama de la ciudad ahora era mil veces más amenazante en base a lo que dijo Annize. No me sorprendía que estuviese preocupada por su padre, estaba en un claro y

grave riesgo.

-No te preocupes – me dijo conciliadoramente – no pienso dejarte a merced de los Vigilantes, o del resto del Ejército Urbano. Te voy a dejar en casa de unos amigos míos, ellos te mantendrán oculto y a salvo, hasta que las cosas se normalicen de nuevo o podamos hacerte volver al Plano Opuesto, si es que es posible.

Ella se levantó y estuvo a punto de apagar la luz, antes de que yo la interrumpiese.

-¿Porqué me ayudas? – Pregunté.

Ella se quedó un momento en silencio, parecía no decidirse a apagar la lámpara, finalmente la dejó un momento encendida y miró hacia mí.

-Primero, porque creo que lo que hace Dariun no es correcto –contestó ella – él desprecia a los Ojos Grises y dice que ellos han traído lo peor a la ciudad, los culpa a ellos de traer corrupción desde el Plano Opuesto y que ellos no deberían entrar en la ciudad, pero lo cierto es que todos nosotros, los que hemos nacido en Izerand, somos descendientes de los Ojos Grises, gente que llegó desde el Plano Opuesto y fundaron un hogar aquí, decir que los Ojos Grises son corruptos es insultarnos a nosotros mismos, al menos eso es lo que yo pienso.

No sabía que Izerand había sido fundada por lo que ellos llamaban Ojos Grises, apenas me enteraba de que existía la ciudad, ni siquiera me era posible imaginar que la ciudad había existido mucho antes de mi llegada. Pero si lo que decía Annize era verdad, entonces eso sumaba fuerza a su opinión.

-Ya veo – le dije asintiendo.

-Y la otra razón, un poco más personal, es porque hay todavía cosas que no entiendo – agregó ella.

-¿Sobre mí? – Pregunté.

Ella negó con la cabeza.

-No solo sobre ti, sino sobre la ciudad – fue su respuesta – todo parece indicar que fueron los Ojos Grises quienes fundaron la ciudad, pero sin embargo hay gente que parece no darse cuenta de ello y en su lugar desprecia a los que llegan, tachándolos de Ilegales, y precisamente uno de ellos ascendió al poder hace relativamente poco ¿cómo pudo haber sido posible, sabiendo que apenas tenía el apoyo del Parlamento y de la ciudadanía poco antes de su elección? Aparte, han estado ocurriendo cosas extrañas entre los Ojos Grises, los cuáles están ahora refugiados en

una suerte de gueto en las faldas de las Montañas Hawrand, dicen que entre ellos desaparece gente y no vuelve a aparecer nunca, aquello me parece demasiado extraño.

“Y a eso se suma otro suceso extraño: tú. Apareciste literalmente de la nada y sin pedirlo en Izerand, eres el único de los Ojos Grises que conozco que entró aquí por accidente, y todos los hechos, a mí en particular, me parecen demasiada coincidencia.”

Estuve a punto de decir algo cuando ella me interrumpió.

-No estoy diciendo que estés mintiendo, sólo creo que hay muchas cosas que no parecen cuadrar, por lo que lo diré sin tapujos: quiero saber la verdad, he tenido desde hace años un compromiso con la verdad, un compromiso que no pienso abandonar ahora, creo que hay cosas que deben ahora salir a la luz, he visto que muchos de los medios y periódicos de Izerand son reticentes a destapar la verdad por querer evitar la antipatía de Dariun...

-¿Cómo el Eco Tintineante? – intervine recordando lo que había dicho el padre de Annize, supuse que en ese momento se refería a una especie de periódico.

Ella bajó la vista y cerró los puños, como si ese nombre le trajera de nuevo cosas que ella no quería recordar y que la resentían.

-Si – dijo por fin – me despidieron del periódico porque me atreví a decir lo que pensaba sobre lo que estaba haciendo Dariun y sobre el desastre que está haciendo en la ciudad, solo hizo falta que alguien cercano al Líder Urbano llamara a mi jefe para que al día siguiente perdiera mi trabajo.

Ella volteó hacia mí y ahogó una risa.

-Aunque algo es cierto – comentó – ahora trabajo de autónoma y me va bastante bien, además que me da más libertad de alcance.

Sonrió por un momento antes de cambiar su expresión de nuevo a una más seria.

-Pero siendo francos – continuó –no hago esto para tener un artículo explosivo, lo hago porque hay una verdad que están ocultando y debo darla a conocer.

Ella finalmente, luego de un breve silencio, apagó la lámpara y salió de la habitación deseándome buenas noches.

Sin embargo ya no podía dormir, lo que había dicho Annize me mantuvo varias horas despierto, no sabría decir cuantas. Todo parecía volverse

cada vez más extraño, necesitaba saber qué era lo que estaba ocurriendo, tal vez con ello podría averiguar cómo fue que llegué aquí, quiénes habían fundado a Izerand, que relación tenía Alfredson con la ciudad...y con la Corona de Shetland.

Desde aquella noche había tomado una decisión que me afectaría de allí en adelante, como se apreciará en mi narración.